



Universidad de Chile
Instituto de la Comunicación e Imagen
Escuela de Periodismo

LETRAS DE FANTASÍA: Perfiles de vida de escritores infantiles chilenos

Memoria para optar al título de Periodista

CAROLINA PAZ CANALES HERRERA

Profesor guía: José Miguel Labrín Elgueta

Santiago de Chile

Noviembre 2015

TABLA DE CONTENIDO

	Página
De puño, voz y letra	1
Protagonistas que hacen historia.....	3
Las páginas actuales	8
Ana María Güiraldes: cuentista de lo absurdo y el humor	13
Escribir para usar la palabra.....	15
Besar, sonreír y callar	18
Las etapas de la aventura	21
Embrujos y explosiones de imaginación	24
Jacqueline Balcells: timidez diluida en magia	26
Como la herida en la mano	28
El tercer autor	31
En terreno frente al mundo	33
Sergio Gómez: un animal de provincia.....	37
“No se puede poner el ego antes que el trabajo”	38

La brújula que marca hacia el sur	43
Cautiverio capitalino	47
“No hay nada distinto en ser escritor”.....	50
Mauricio Paredes: La ingeniería de lo irónico	54
Primera etapa: escribir y nada más que escribir.....	55
Segunda etapa: Control de calidad.....	59
Tercera etapa: Creatividad rentable y difusión	63
La mirada sobre las páginas escritas	67
Francisca Solar: Versátil y vanguardista.....	70
Bicho raro con diccionario en mano	71
Fanatismo creativo	76
Libreta y lápiz en todo momento	80
El punto suspensivo.....	85
Bibliografía	88

De puño, voz y letra

Así como los niños no saben si un videojuego es entretenido si jamás lo han jugado, no basta con solo leer el título de un libro y su reseña para sumarlo al capital cultural de una persona. Oír comentarios de lectores, revisar crítica especializada o incluso una entrevista al autor, acercan un poco más la valoración de una obra, pero difícilmente se puede llegar al centro del contenido sin recorrer cada una de sus páginas.

El conocer a un escritor se da de forma similar. Su trayectoria no muta dependiendo de la persona encargada de exponerla, pues son datos objetivos, número de publicaciones, premios y ejemplares vendidos. Consultar a sus familiares, colegas, amigos y cercanos sobre la personalidad del artista en cuestión, por otro lado, entinta el relato de apreciaciones externas, de lo que ellos han visto y vivido con él.

Para llegar a la respuesta de qué es lo que lleva a los escritores a dedicarse a la literatura infantil, es preciso oír sus propias voces. Ana María Güiraldes, Jacqueline Balcells, Sergio Gómez, Mauricio Paredes y Francisca Solar, comparten su experiencia como destacados cuentistas y

novelistas del área. A través de distintas generaciones, estos autores han propuesto una pluma más suelta, temáticas cercanas y en un lenguaje que, sin descuidar su riqueza, captura la atención de los niños con historias de humor, ironía, misterio, entretención y aventuras.

En sus vivencias está el camino para llegar a sus fueros internos donde afloran emociones y percepciones, el momento en que sus plumas comienzan a crear y el proceso escritural. De igual modo comprender cómo es la relación con los lectores y cómo sus experiencias de vida se reflejan en las narraciones que los han convertido en los principales exponentes de esta área a nivel nacional.

Y es que la lectura, lejos de considerarse una acción recreativa, es considerada “como una herramienta esencial para la adquisición de conocimientos y aprendizajes que fortalecen el desarrollo humano y el acceso a la diversidad sociocultural, considerándola en su aporte en los procesos cognitivos y afectivos de las personas, en la formación del gusto estético y el desarrollo de la imaginación, la creatividad y la sensibilidad”¹, tal y como lo establece el Plan Nacional de Lectura 2015-2020. Una

¹ PLAN NACIONAL DE LA LECTURA 2015-2020. 2015 [en línea] <<http://www.plandelectura.cl/wp-content/uploads/2012/05/plan-nacional-lectura-2015-2020.pdf>> [consulta: 28 de agosto de 2015]

función radical que deriva en la importancia de conocer a quienes se han dedicado a potenciarla entre los niños a lo largo de los años.

Protagonistas que hacen historia

Chile intentaba consolidarse como república y construir su institucionalidad, cuando en 1824 se editó el primer libro en territorio nacional. Escrito por Fray Pedro Nolasco Zárate, la “Cartilla del Padre Zárate”, tuvo como objetivo enseñar a leer a los alumnos de la época.

En las décadas siguientes la producción nacional fue escasa y se concentró en publicaciones de prensa y escritos eclesiásticos. “La producción de libros nacionales estuvo prácticamente limitada a libros de carácter funcional o a algunos impresos encargados por el gobierno. La producción de libros para el comercio fue por ende casi inexistente”².

A comienzos del siglo XX, no obstante, se fue alejando la concepción netamente pedagógica o religiosa de los textos que imperó al comienzo. De

² SUBERCASEAUX, B. 1993. Historia del libro en Chile (Alma y cuerpo). Santiago de Chile, Andrés Bello. 39p.

ahí en adelante, la ficción fue poco a poco instaurándose en las creaciones nacionales.

Diversos autores chilenos de renombre dedicaron parte de su talento a los niños, como es el caso de Gabriela Mistral quien aportó desde la poesía con “Ternura” en 1924 y con versiones propias de “Caperucita Roja” ese mismo año, “Blanca Nieve en la casa de los enanos” en 1925 y “Cenicienta” en 1926. Así también Óscar Jara Azócar colaboró en el teatro infantil con “Chile, dramatizaciones de la historia” de 1961 y diversos poemarios.

En prensa, la revista para niños “El Peneca” de la editorial Zig Zag, marcó generaciones debido a sus contenidos cercanos y a la inclusión de cuentos ilustrados e historietas que cautivaron a los pequeños lectores del país. El apogeo de su éxito se dio a comienzos de la década del cuarenta, durante la dirección de Elvira Santa Cruz, aunque su circulación se extendió entre 1908 y 1960.

Existen, asimismo, una serie de escritores de cuentos y novelas infantiles que han impulsado la difusión del género con distintas iniciativas. Ricardo Chevalier, Oliverio Baker, Walter Grandson, Abelardo Troy, Bat

Kommentar [jmle1]: Si vamos a comentar algo tan histórico, el salto de 100 años es un poco abrupto. Podrías revisar algo de subcaseaux sobre la historia del libro en Chile y ver si algo por ahí te sirve para hacer un párrafo de transición.

Palmer, Peter Kim, Gastón Colina, y Aldo Blu, no son nombres afamados, pero tienen dos cosas en común: todos publicaron sus cuentos para niños en la editorial Rapa Nui entre 1946 y 1951, y juntos son los múltiples seudónimos de una identidad que hoy encabeza el listado de exponentes de la literatura infantil de Chile: Hernán del Solar (1901-1985), Premio Nacional de Literatura en 1968.

“El compromiso era que varios narradores nacionales escribieran textos especiales, adecuados a la colección. Los plazos se vencieron, uno tras otro. No llegaban originales. Y bueno, tuve que escribirlos para ir cumpliendo”³, contó el también fundador de la editorial exclusivamente infantil.

La oportunidad de acompañar a una pequeña niña en un viaje a un mundo de lleno de fantasía al que pertenece su extraviada muñeca Mimí, cautivó a grandes y chicos en 1947. “La Porota”, publicada en Rapa Nui, se convirtió en uno de los títulos más aclamados de Del Solar producto de la combinación de magia, aventura e inocencia.

³MEMORIA CHILENA. (s.f.). Editorial Rapa Nui. [en línea] <<http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-93217.html>> [consulta: 20 de agosto de 2015]

Ese mismo año aparece un travieso niño de nueve años, cabello liso, prominentes orejas y muy delgada contextura, que popularizó sus diarios de vida y aventuras, gracias al extinto centro de publicaciones. “Papelucho” rompió esquemas por ser reflejo de la cotidianidad chilena de la época con un tono humorístico y el desarrollo de la imaginación del muchacho. Su autora, Marcela Paz (seudónimo de Ester Huneeus), dejó atrás los mensajes moralizantes de los textos que se acostumbraban hasta entonces. Hoy son varias las generaciones de lectores que han disfrutado los doce títulos de la serie y su adaptación al cine.

El aporte de Marcela Paz fue todavía mayor. Una carta de Carmen Bravo-Villasante, escritora española y destacada investigadora de la literatura infantil, fue la vía que la llevó a agrupar a escritoras infantiles en la sección chilena de la Organización Internacional para el Libro Juvenil (IBBY, por su sigla en inglés), cuya sede central está en Suiza. Así, el 25 de enero de 1964, importantes referentes literarias de la época como Maité Allamand, Lucía Gevert, Alicia Morel, Elena Aldunate, Eliana Cerda, Virgina Cruzat, Gabriela Lezaeta y Marlore Anwandter, dieron inicio a la organización que hasta hoy promueve el desarrollo de la escritura infantil y la lectura.

“En un comienzo fue un grupo reducido, pero con el tiempo, la organización se fue consolidando cuando ingresaron autores jóvenes que le dieron nuevo impulso a la filial”⁴, expone Manuel Peña, destacado historiador de la literatura infantil de Chile.

IBBY Chile ha sido dirigida por autores como Ana María Guiraldes, Mauricio Paredes, María Eugenia Coeymans y Constanza Mekis, quien actualmente cumple dicha función. Lo que distingue al organismo de otras fundaciones y entes públicos y privados que generan acciones para fomentar la lectura, es que IBBY Chile reúne a los autores e ilustradores nacionales siendo ellos mismos los que desarrollan actividades con los lectores y docentes y una voz institucional.

El valor literario de los libros para niños fue cultivándose poco a poco. Hoy la oferta de literatura infantil es amplia e incluso se realiza la Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil (FILIJ), organizada por la Cámara Chilena del Libro y la Municipalidad de Providencia desde 1987. Con ella se busca “integrar a padres, educadores y escritores al fomento

⁴ PEÑA, M. 1994. Alas para la infancia: fundamentos de la literatura infantil. Santiago de Chile. Editorial Universitaria. 43p.

lector de niñas, niños, adolescentes y jóvenes”⁵, así como también “promover la creación de la literatura infantil en Chile, incentivando a los autores y a las editoriales a crear y producir libros de este género”⁶.

Cada título para niños que ha tenido éxito en el país y cada iniciativa pública o privada que rescata el valor de la lectura y la escritura, se acompaña de profesionales que enfocan su talento en esta área. Hernán del Solar, Marcela Paz o Alicia Morel, por mencionar solo algunos, son reconocidos como los primeros íconos de la historia de la literatura infantil chilena que hasta hoy cuenta con importantes y premiados referentes.

Las páginas actuales

Innumerables personajes surgen al pensar en los textos que conforman los programas escolares actuales. Al clásico “Papelucho” se agregan otros que desde diversas visiones y realidades se han posicionado en el imaginario de sus lectores. Identidades ficticias que los autores construyen con su sello personal.

⁵ CÁMARA CHILENA DEL LIBRO. 2015. Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil (FILIJ). [en línea] <<http://www.plandelectura.cl/wp-content/uploads/2012/05/plan-nacional-lectura-2015-2020.pdf>> [consulta: 05 de septiembre de 2015]

La bruja Etelvina, por ejemplo, llegó desde la Edad Media para relucir la imaginación de Ana María Güiraldes en “Un embrujo de cinco siglos” (1991). La publicación se posicionó como su creación más famosa.

En los años setenta y ochenta hubo un diverso grupo de cuentistas infantiles de vasta trayectoria como Saúl Schkolnik, Víctor Carvajal, Cecilia Beuchat o Felipe Alliende. Entre ellos, Güiraldes, deja su huella con el juego de palabras, la sencillez y el humor.

Es el estilo de una mujer que a los quince años definió todo lo que quería ser en su vida y que, sin darse cuenta, tomó el camino indicado para ello. Su importancia se complementa con las obras que escribió junto a Jacqueline Balcells como “Misión Alfa Centauro” (1988) y “Trece casos misteriosos” (2000).

Esta última es la creadora de Galo, el muchacho que buscar alcanzar su naranja dorada en “El niño que se fue en un árbol” (1986). Su historia encanta a los niños con la fantasía y los misterios. Balcells inició su labor profesional en Francia cuando “La pasa encantada” (1984) se convirtió en

⁶Ibíd.

uno de los cuentos más leídos por los niños del país ese año, para luego dar paso a sus publicaciones en Chile.

Un talento que tomó vuelo al convertirse en madre y cuyo amplio bagaje literario se cimentó cuando era niña durante una tuberculosis que la tuvo largo tiempo en cama. En Chile y en Francia supo ganarse un puesto destacado en la literatura infantil.

Ya a fines de los noventa el misterio y las aventuras llegaron con el intrépido detective adolescente Quique Hache. Este jovencito se instaló en los planes de lectura escolares y tres publicaciones más completan la serie. Sin duda un personaje que explotó una faceta distinta en Sergio Gómez, quien hasta entonces tenía una destacada trayectoria en literatura para adultos con relatos crudos sobre la vida en provincia.

El sureño escritor comenzó a trasladar las temáticas que le atraen hacia un escenario infantil, donde la simpleza se encuentra en la forma y no en el contenido. Ejemplo de esto son “Yo simio” (2006) y “El canario polaco” (2008). Tópicos que reflejan su gusto por la Historia, por el comportamiento humano y la vida fuera de la capital en la que vive por razones laborales y que a menudo lo llevan a sentirse fuera de lugar.

Pocos años después, con pésimos hábitos de higiene, pero mucha gracia para dar a conocer sus vivencias “La familia Guácatela” (2002) conquistó a los niños. Los miembros del clan hacen reír a los lectores y en las salas de clases es frecuente ver representaciones de sus capítulos. Así suelen ser todos los personajes que presenta Mauricio Paredes: cómicos e irónicos, inmersos en historias bien planteadas y dinámicas como “La cama mágica de Bartolo” (2002) o “Las aventuras de Venturio” (2015).

Una aparente simpleza que, sin embargo, proviene de un hombre metódico y estructurado que hace catorce años abandonó su carrera como ingeniero para planificar el paso a paso de su labor como escritor. Etapas que cumplió con éxito y que hoy lo destacan como uno de los principales exponentes de la literatura para niños en Chile y Latinoamérica.

Sophie Deuters, en tanto, es la forense que debe resolver la incógnita sobre la muerte de un grupo de jóvenes en el sur de Chile. En su labor se encuentra con elementos paranormales, misterios y pocas respuestas claras. “La séptima M” (2006) consagró a Francisca Solar como la escritora chilena más joven en firmar un contrato de edición internacional. Previo a

eso, ya tenía popularidad en medios digitales por “El ocaso de los Altos Elfos” (2004), un fanfiction sobre la saga de “Harry Potter”.

La pelirroja autora ha potenciado diversas áreas como la fantasía, el misterio y la inclusión con títulos como “Igual a mí, distinto a ti” (2008) o “Sobre ruedas” (2014). Tiene una relación muy cercana con los niños que la leen, muy distinta a la que tuvo con sus pares en la infancia. No tenía amigos, pues dedicaba todo su tiempo a leer y escribir. Sabía que su camino era el de las letras y no se equivocaba, porque hoy es uno de los principales nombres jóvenes de la literatura infantil chilena.

La siguiente serie de perfiles de vida sobre estos escritores permitirá acercarse a la creación de mundos de fantasía que se diferencian entre sí gracias a los elementos que aporta cada personalidad, experiencia, pluma e interés. Una combinación que no solo los ha posicionado en el ambiente de la literatura infantil sino que los hace influir en la formación de los niños como lectores.

Ana María Güiraldes: cuentista de lo absurdo y el humor

Los recorridos al colegio nunca eran iguales para Ana María Güiraldes. A veces se encontraba con dragones y otras con princesas, convirtiendo a Linares en un reino lleno de aventuras. Sentía que todo a su alrededor era un mundo nuevo cada día y así el camino se hacía más corto. “Yo me transformé en un personaje. No me daba cuenta, era para no aburrirme”, recuerda la escritora.

Desde muy pequeña su imaginación no tuvo límites. Nació en 1949 y desde los nueve años cultiva una amplia trayectoria y numerosos reconocimientos. “Un embrujo de cinco siglos” (1991), “Ratita Marita y la Lombriz Resfriada” (1985) y “La bruja Aguja y otros cuentos” (1995) son algunos de sus títulos más famosos. Fue presidenta de IBBY Chile, ha escrito junto a Jacqueline Balcells y frecuentemente dicta charlas en colegios, además de realizar talleres literarios en su casa.

Vive en un departamento muy amplio e iluminado, con una decoración elegante, pero cálida a la vez. A simple vista nada indica que es el espacio de una persona que escribe para niños, pero la tranquilidad que

inspira el ambiente invita a dejarse llevar por la creatividad. Desde el piso catorce se observan y se oyen las grúas que intentan avanzar en su misión de invadir con más edificios el sector.

La mesa del comedor es grande y la rodean ocho sillas: siete para los alumnos que participan de los talleres cada martes y una para ella. Es el espacio donde confluyen un montón de ideas nuevas y donde surgen las nuevas plumas nacionales. Sin embargo, para conversar le parece más cómodo el living, que facilita un momento más relajado y un diálogo más fluido.

La publicación más reciente es “Mi ciruelo” (2015), donde relata los momentos de diversión durante su infancia. A los nueve años, el árbol enorme que estaba frente a la ventana en el jardín de su casa, era el espacio ideal para ser invisible y para conectarse consigo misma. “Yo me subía entre las ramas con una bolsita con manzanas. Veía a la gente que caminaba y ellos no me veían a mí. Era un juego maravilloso. También jugaba a crear mi propio mundo y podía ser lo que yo quisiera según lo que estuviera leyendo”, comenta.

Hoy, los juegos de infancia quedaron atrás, pero Güiraldes los transmite a los pequeños lectores a través de la aventura y el humor. Es fundamental la acción, que algo pase, la presencia del peligro y que la lectura sea un momento divertido.

Escribir para usar la palabra

Un marinero aparece en medio del peligro. Un barco que naufraga. Toda una aventura narrada en un diario de vida. Estas fueron las primeras ideas de un personaje totalmente ficticio creado por Ana María a los doce años. Las páginas del que finalmente se tituló “Rumbo a Polinesia” fueron premiadas por la Municipalidad de Linares con el primer lugar del concurso literario.

El siguiente paso lo marcó “La Ratita Marita y la lombriz resfriada” en 1985. Este cuento fue uno de los tantos que la autora escribió para la revista Jardín infantil Apuntes y fue elegido para editarlo y publicarlo. Era su primera obra publicada como libro. “Sentí que perdía la libertad. Ya tenía que tener mucho cuidado con lo que escribía porque no lo iba a leer yo

Kommentar [jmle2]: Los jardines infantiles se llamaban Apuntes o la publicación?...

solamente. No iba a salir solo en el diario con el que después iban a envolver uva. Le tomé el respeto más grande al libro que puedes imaginar”.

La valoración del proceso de publicación es algo que Güiraldes transmite siempre a los alumnos de sus talleres literarios. “Editar y publicar no es tener un libro con tu nombre en la casa. Es la responsabilidad de que lo que tú escribes lo van a leer otros. Es una falta de respeto escribir mal y pretender publicar”.

Ana María utiliza una forma directa de llegar a los niños y de hacerlos partes de sus historias. Su relación es simétrica, no narra desde un rol superior ni desde la enseñanza de un mensaje. “Yo miro desde el niño. Mi mirada es la de ellos. Yo escribo para usar la palabra, no uso la palabra para escribir”, asegura Güiraldes.

Pero el lector es un concepto mucho más profundo. Es, para ella, aquél que lee la historia, sin importar la edad que éste tenga. Más allá de sus afamados libros para niños, también escribe para adultos, como es el caso de “El nudo movedizo” con el que ganó el Premio Municipal de Literatura en 1983.

La jornada de escritura de Ana María no comienza hasta que todo su entorno se encuentre absolutamente en su lugar: el suelo despejado de papeles, todos los cajones de su escritorio y las puertas del armario deben estar cerradas. Poca importancia tiene si se encuentra frente al mar, una montaña o una pared blanca para poder sumergirse en un universo de nuevos personajes, historias y entretención, siempre que prime el orden. “Salgo totalmente en otro mundo, no sé dónde estoy, me cuesta volver a la normalidad”, comparte.

Una vez logrado el ambiente, se desencadena la emoción de no saber qué saldrá de unas cuantas líneas, de unas cuantas horas. “Siempre parto de una imagen, que puede ser una lagartija lavando pañales. ¿Por qué lo está haciendo?, me pregunto. Y ahí parte todo”.

Aunque constantemente las historias creadas toman un rumbo por sí mismas, en ocasiones la idea original se desvanece y no se obtiene respuesta a la interrogante inicial. La ruta entonces es comenzar de nuevo y replantearse el cuento para conseguir un resultado óptimo. Jamás, cuenta la escritora, se debe presionar la escritura de un cuento, ya que pierde la calidad de la narración y el interés del lector.

Es la particularidad de sus palabras, lo que ha imposibilitado la traducción de sus textos al inglés. Pese a los ofrecimientos, es debido a su estilo tan lleno de rimas, juegos de sonidos y bromas, que cree se perdería en otro idioma. Ella utiliza un lenguaje muy rico y amplio, pero asimismo un español muy nutrido y cultivado desde muy pequeña.

El silencio se apodera de Ana María cuando piensa en cuál es su gran defecto al escribir. Es una respuesta que piensa, que no tiene incorporada. “Qué ganas de decir que no tengo ninguno... creo que es no darle tregua a mi mente. No dejarme descansar. Me gusta que todo lo que voy escribiendo quede bien a la primera, entonces no avanzo mucho”, contesta finalmente.

Besar, sonreír y callar

El viento y la intensa lluvia que caía sobre Linares habían arrancado las hojas del ciruelo y Ana María se sentía vulnerable. La idea de que ya no podría ser invisible en sus juegos le provocó una angustia que no supo controlar. Por eso se acercó a su madre quien escribía recostada en su cama. Al verla, Ana María olvidó su pena y le preguntó qué estaba haciendo. Jamás había escuchado la palabra “poema” y los sonidos de las sílabas la

conmovieron. “Poema es besar, sonreír y callar”, explica al recordar sus primeras sensaciones.

En ese momento la madre notó cierta duda en la cara de su hija, por lo que le dio un ejemplo. Leyó el verso que estaba escribiendo “La muerte llega como un gato, temor tengo”. Ana María inmediatamente resaltó que no le gustaba ese gato negro en la espalda, a lo que su mamá contestó que en ningún momento había dicho un color. En ese momento comprendió la explicación de su madre: “Poema es decir con las palabras de todos los días, lo que tú ves todos los días, pero te va a sonar diferente”.

A Ana María le dieron ganas de intentar crear su propio verso y miró por la ventana las nubes negras, el cielo atardeciendo con tonos amarillentos y las gotas de agua sobre la ventana. “Llueve seda: el cielo desarma su tejido oscuro” fue el resultado que escribió en el cuaderno de matemáticas firmando con su nombre.

El hito que marcó el primer poema de Ana María fue precedido por la influencia narrativa de su abuela. Con una voz matizada y melodiosa, la “Mamá guagua”, como la llamaban sus nietos, contaba historias fascinantes y creadas en el minuto al ritmo de su tejido. El lapso de tiempo que tomaba

Kommentar [jmle3]: Tienes el nombre real de la abuela?

urdir, tomar el segundo palillo y comenzar a tejer, mantenía a los nietos completamente atentos, antes de que un “había una vez” hiciera desaparecer todo para transportarse al mundo de la historia que oían.

“Hay un cuento de ella que siempre relato en mis visitas a colegios. Cómo sale del problema una costurera que se pincha el dedo con la aguja y mancha el vestido blanco que estaba haciendo para la princesa. ¿Solución? Lo resuelve pinchándose más y salpicando sangre por todo el vestido y dejó el vestido con pintitas rojas. Y todos en el reino querían tener un vestido así, fue el primer vestido a lunares del medioevo”, narra Ana María.

El entusiasmo por la literatura que desarrolló su madre, su abuela y su propia imaginación, se alimentó además de un importante gusto por leer. “Mujercitas” fue, sin duda, un título para no olvidar. “Yo sentía que era Jo, que era Josephine March, la protagonista. Porque ella era escritora, comía manzana y escribía”, recuerda Ana María, indicando igualmente su resentimiento contra su personaje favorito. “Nunca le perdoné que no se casara con Laurie. Hasta el día de hoy. Yo soy muy juguetona y siempre juego a que es la primera vez que leo el libro y mantengo la esperanza de que esta vez sí pase”, sostiene.

Con el tiempo fue desarrollando un placer por las letras y en el colegio de su infancia, el María Auxiliadora de Linares, potenciaron su talento. Al recibir las instrucciones, por ejemplo, de una composición, la pequeña Ana María salía al patio, caminaba bajo un naranjo y se inspiraba y concentraba para inventar una buena rima, un buen verso. Tenía su propio espacio de creación. “Las monjas me tenían una barra salvaje porque les gustaba mucho que yo escribiera”, cuenta.

En medio de su amplio bagaje cultural, Ana María Güiraldes encontró en las plumas argentinas a una de sus más grandes referentes: María Elena Walsh. “Es una diosa de las letras. Cuando la leí a ella dije ‘Ooh, o sea que se puede escribir así, al lote, sin tanta cosa’”. Se dio cuenta, en un momento de autoconocimiento, de que le quitaba solemnidad y seriedad a los cuentos a través de la comedia. Esto poniendo la forma por sobre la anécdota, siempre pensando cómo escribir lo que quiere contar.

Las etapas de la aventura

“Imagínate una mujer que camina sola. Luego que se le une un hombre y después un hijo y más hijos. Ahora piensa todo eso, pero además

con libros”, dice Ana María para graficar su trayectoria y los tres hechos que destaca en ella.

Cumplir quince años no fue solo un momento de crecimiento para Ana María. Fue el momento en que descubrió que seguiría viviendo. Hasta entonces cargaba con su parecido físico con una de sus tías, quien había fallecido a esa edad. Tanto así, que la familia le regaló un vestido y una cartera de ella para acentuar la semejanza. Ella estaba convencida de que su destino también sería la muerte, de que al cumplir los quince años su vida terminaría. “Como no me morí, decidí que iba a casarme, que iba a ser profesora de castellano y que iba a escribir. Renací”, revela.

Años más tarde, “El sueño de María Soledad” (1973) fue creado en verso luego del nacimiento de su primera hija. Es el segundo hito en la vida de Ana María, ya que vino a ser reflejo del logro de las metas propuestas durante su adolescencia. A partir de ahí escribir no era una misión solitaria. “Escribía con un niño en la espalda, el otro al lado, el siguiente al otro lado. ¿Mamá, pongo el punto?, decían”, relata Güiraldes.

“El tercero es la “Ratita Marita”. Con la publicación hubo expectación, un lanzamiento, tuvo un fans club de niños. Yo decía ¿Y todo

por una ratita?”, afirma la escritora. Recuerda que fue mucho más importante que ver su nombre en los kioscos por las publicaciones de sus cuentos en revistas.

De lo que se prometió a sí misma a los quince años, lo cumplió todo, incluyendo ser profesora de castellano. Aunque luego de estudiar Pedagogía se casó y tuvo hijos, por lo que nunca ejerció y se volcó por completo a ellos. En ocasiones debían salvarse la vida unos a otros antes de que el bote en que navegaban fuera sumergida en el mar. Eran instantes de coordinación, de remar con fuerza, de “¡nos vamos a dar vuelta!”, de lanzarse al agua para ayudar al otro. Para esto, sin embargo, no requerían de mar, de tormentas ni mucho menos de una embarcación. Reunirse todos sobre la cama era el escenario perfecto para la escena creada por la mamá escritora. Los días aburridos no existían.

Dos de sus hijos, María Sofía y Felipe, cultivaron el placer de escribir, no sin recibir dudas de parte de sus compañeros, acerca de la verdadera autoría de sus cuentos. “Les decían que se los escribía yo, pero a mí me decían que los hacía mi mamá y a ella su abuela”, comenta Ana María, al mismo tiempo que también recuerda el extremo opuesto referido a

otro de sus hijos. “Uno se sacó nota 4 en “Un embrujo de cinco siglos”, ¡casi me morí!”, ríe la autora.

Embrujos y explosiones de imaginación

Ana María estaba acostada, casi lista para dormir, cuando de pronto conoció a Etelvina. Se trataba de una bruja que la miraba. Pudo apreciar sus ojos, su rostro y hasta notó la falta de uno de sus dientes cuando sonrió. Apareció con tal nitidez en su mente, que supo que sería la protagonista de su libro más reconocido, “Un embrujo de cinco siglos”, que narra la vida de este personaje de la Edad Media que es castigada a vivir en un futuro de quinientos años.

Así como su imaginación no conoce las barreras, Ana María intenta potenciar la de los niños que la leen y que la conocen cuando visita sus colegios. Una cajita azul imaginaria es el portal hacia las infinitas respuestas que pueden surgir de la pregunta “¿Qué hay adentro?”. En sus charlas aparece desde un dinosaurio, un árbol, una espada, un caballo o perlas, hasta un objeto futurista... “Estás enfrentado a la mente más perfecta, la que no está contaminada”, relata la escritora.

La amplia capacidad creativa de los más pequeños es, en parte, la que la motiva a incentivarlos en la lectura, en continuar escribiendo historias con la misma rigurosidad de toda su carrera. “La imaginación de ellos es la reina. No la mía”, afirma.

Jacqueline Balcells: timidez diluida en magia

Los nueve meses que Jacqueline Marty Aboitiz estuvo en cama marcaron su personalidad convirtiéndola en una mujer autónoma, solitaria y un poco introvertida. Una tuberculosis la afectó a los nueve años y la mantuvo casi inmovilizada. Cuatro veces por día le controlaban la temperatura y cada tanto debía tomar unas pastillas. Fuera de eso, su única actividad era leer.

Conoció personajes especiales que la acompañaron a través de las páginas. “Me impresionaba que habían algunos que no morían, como Pinocho, que los conocían varias generaciones”, señala. Una vez que fue madre impulsó su potencial creativo con relatos dedicados a sus hijas, pero que gracias a su pluma y su sello, actualmente son inmortales para numerosas generaciones.

Jacqueline Balcells, como se le conoce públicamente por el apellido de su marido, se consolidó, sin buscarlo, como una destacada escritora infantil tanto en Chile como en Francia. Y es que fue en este país donde comenzó su carrera profesional con “La pasa encantada” (1984). “Si en

Chile hubiese llegado a una editorial con mis papелitos nada más, no me habrían tomado en cuenta”, piensa valorando el espacio que tuvo en Europa.

A sus 71 años, la ganadora del premio francés Bonnemine D'Or de 1992, continúa generando nuevos personajes y llegando a miles de niños con obras como “El polizón de Santa María” (1988) o “El niño que se fue en un árbol” (2004) y los que creó en coautoría de su amiga Ana María Güiraldes como la saga que inicia “Emilia: intriga en Quintay” (1994), “Querido fantasma” (1992) y “Un día en la vida de...” (1992-1995), entre otros.

El living de su departamento es también el espacio donde desarrolla talleres literarios para niños. Las paredes del lugar, en su mayoría convertidas en librerías, reciben a los asistentes desde la entrada e invitándolos a ser parte de la atmósfera narrativa. En ellos también se encuentran las recopilaciones de los escritos de sus alumnos, en tomos que cada año ella misma encuadernó e ilustró. Son, de cierta forma, su legado indirecto.

Su expresión es entusiasta, pero controlada. Le gusta comentar su trayectoria y experiencias de vida, pero como si hablara de otra persona, pues demuestra un dejo de pudor al notar que ella es el centro temático de la conversación. No es vergüenza, tampoco incomodidad, más bien se trata de una timidez que aflora en medio de la simpatía y buena disposición que refleja su rostro delgado que se enmarca en una cana melena. “Desde niña he sido así, siempre retraída”, comenta.

Un temperamento que definitivamente queda atrás al momento de comenzar una nueva aventura literaria.

Como la herida en la mano

Las tres pequeñas hermanas discutían con frecuencia acerca de los juegos o conversaciones que tenían a diario. En medio de gritos y alboroto, su madre les advertía que con tantas rabias terminaría convertida en una pasa. La situación inspiró “La pasa encantada”, el primer cuento que Jacqueline Balcells publicó en 1984. Cada día ella les contaba historias en las que pudieran identificarse para hacerlas partícipes de las aventuras que

creaba en el momento. “Era mi forma de ser mamá”, sostiene. Antes de eso solo se perfilaba como una ávida lectora.

Durante su solitaria enfermedad leía lo que llegara a sus manos. Revistas de suscripción de cómics, “Mujercitas”, “Robin Hood”, títulos de Mark Twain y de Jack London. “Luego conocí a Ray Bradbury y viajaba a Marte, con Emilio Salgari me enamoraba de los piratas y con Agatha Christie trataba de escribir como ella”, expresa.

Sumergida en el mundo de las letras, la escritura se potenció con naturalidad. En los veranos eran comunes las cartas con sus amigas para contarse los detalles de las vacaciones. Asimismo, en juegos como el bachillerato aprendían palabras nuevas mientras se divertían. “Era como la vida misma, antes se leía y se escribía más”, comenta.

Ya de adulta y con una sólida base literaria, su tímida personalidad se diluía en medio de las mágicas páginas que escribía para sus hijas. Las pequeñas crecieron y de las aventuras que oyeron en sus noches de infancia solo quedan los artesanales libros que Jacqueline les hizo con algunos de ellos e ilustraciones caseras, similares a los que realiza con los trabajos de sus talleres literarios.

La experiencia maternal que la llevó hacia el camino narrativo, fue estructurando poco a poco la profesionalización de su faceta creativa y que permite que ya sean generaciones completas de niños los que disfrutan de ella. Una llave que la transportó a un mundo de infinitas posibilidades imaginativas, pero que implican un trabajo arduo y planificado.

Sin pretenderlo estableció un procedimiento de acción específico para llevar a cabo sus obras. “Es como cuando tienes una herida en la mano. Cuando estás sano ni te acuerdas de que tienes mano, pero con la herida estás todo el día mirándola y tocando”, dice Balcells para explicar cómo se sumerge en su labor creativa. Al definir el tema de la historia se mantiene en función de ella. “Voy por la calle y asocio ciertas cosas, encuentro detalles que pueden funcionar. Estoy con las antenas puestas en lo que estoy haciendo”, añade.

Su esposo también fue fuente de inspiración. Arquitecto, poeta y amante del mar, al regreso de un largo viaje en barco le describió que al ver aparecer el continente luego de muchos días en altamar, para él fue como un génesis. El episodio inspiró “El polizón de Santa María” un tiempo después. “Uno escribe siempre de cosas que ha escuchado, visto, vivido”, explica

recordando la influencia de su marido y de su círculo más cercano compuesto por artistas, poetas y literatos.

Al proceso escritural se suma la concentración que requiere. Le gusta estar en su escritorio, tranquila, sin distracciones. “Las ideas se me ocurren en cualquier parte, pero tengo que trabajar en un lugar adecuado”, comenta. Sin embargo, los ritmos de avance varían y puede estar algunos meses detenida o uno entero dedicada a un relato.

Eso en cuanto a su autoría personal, pues cuando comienza un proyecto junto a Ana María Güiraldes establecen un horario extenso y se abocan por completo a él. Se trata de un nuevo mundo escritural con otras normas y otras rutas.

El tercer autor

Jacqueline Balcells había regresado hace poco tiempo a Chile y quería implementar una revista infantil. Acudió a una reunión en la editorial Andrés Bello donde recibió elogios por su propuesta. Todo parecía en marcha excepto por un detalle: la editorial estaba a punto de cerrar por un revés financiero.

En el pasillo estaba la jefa de redacción, Ana María Güiraldes, quien dejaría su puesto dentro de pocos días. Sin conocerse y luego de conversar unos minutos, acuerdan generar un proyecto juntas. Poco a poco descartan la idea de una revista, ya que en el mercado nacional era complejo potenciarla. Así desarrollan la idea del libro juego. “Misión Alfa Centauro” (1988) entregó el dinamismo y sensación de aventura a los lectores. La elección de una u otra decisión lleva a distintas páginas con un recorrido y final diferente.

Así también doce años más tarde llegó “Trece casos misteriosos” en los que los niños deben ingeniárselas para resolver misterios. Las respuestas correctas se encuentran al final del libro junto a diversos crucigramas relacionados.

Ambas concuerdan en que la unión de sus estilos y personalidades se da de forma natural. Jamás han tenido discusiones respecto a las historias y la forma de contarlas. Es como si cada una tuviera el complemento preciso para la conformación de los textos. “Si ves las escrituras de cada una somos mundos totalmente distintos, pero al trabajar juntas se forma un tercer autor”, reflexiona Jacqueline.

Su trabajo es completamente conjunto, pues no se dividen capítulos sino que avanzan la narración una al lado de la otra. Por lo general es Balcells quién digita en el computador, mientras las opiniones de ambas confluyen y construyen el relato. Una amistad forjada desde las letras y que potenció la popularidad de ambas escritoras convirtiéndolas juntas y en solitario en íconos de la literatura para niños de Chile.

En terreno frente al mundo

Ciudad Abierta en Valparaíso es el espacio que nace a comienzos de los setenta, de la mano de la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica de Valparaíso. En el terreno compuesto por humedales, dunas y campo, se conformó una comunidad en la que participaban arquitectos, poetas y artistas junto a sus familias.

En ella vivió Jacqueline Balcells con sus hijas y su marido durante algunos años. Un acercamiento real y constante con el arte en numerosas disciplinas, que marcó los primeros años de su vida familiar. “Éramos una comunidad bien loca, llena de intelectuales, con actos poéticos, bien loco”, indica. Y es que esta realidad la hacía sentir especial, poco convencional.

“Yo me sentía como una heroína por poder vivir así. Me influyó mucho en ser muy desprendida de las cosas”, explica al narrar que al comienzo no había agua potable ni electricidad, pero que en conjunto lograron establecerse.

Diez años después, un proyecto cultural encargado a su esposo los apartaría de la costa para llevarlos a vivir a Francia, donde el talento de la autora pudo llegar por primera vez a los niños. Estaba en una cena cuando se encontró con la editora de una revista infantil que publicaba mensualmente e incluía cuentos. Después de una breve conversación, Balcells acuerda enviarle alguno de los textos que creó para sus hijas. Así, “La pasa encantada” se publicó en el medio francés y alcanzó gran éxito.

Fue su interacción inicial con el segmento al que apuntan sus historias. Hoy ya está acostumbrada a visitar colegios y a compartir con los pequeños, aunque confiesa que “es una relación buena, lo normal, solamente”.

En los colegios aflora una personalidad más directa, dado que generalmente son visitas guiadas por los docentes y los niños. Sin embargo, en esta instancia advierte una diferencia en la recepción que tiene según la

realidad social de cada establecimiento. “Hay visitas maravillosas, sobre todo en los de menos recursos. Para ellos, que llegue el escritor es como si llegara el Viejo Pascuero. Los profesores y los alumnos se preparan leyendo, hacen dibujos. Es un acontecimiento”, cuenta.

Situación distinta a los más adinerados en los que “a veces llevan a los escritores porque deben hacerlo, pero los alumnos no tienen interés, no se preparan”, sostiene. Observa en estos casos que la visita es una clase más y la temática de la charla es árida. “Los profesores te piden que hables de literatura y hay menos oportunidad de compartir con los estudiantes. Es más latoso”, agrega.

Confiesa también que tiene pésima memoria y que estando en público ha quedado en blanco en una combinación de pánico escénico y de olvido. Hace algunos años atrás fue presidente del jurado de un concurso literario de la Universidad Austral de Valdivia. Frente al rector, alumnos y un sinnúmero de invitados al evento, tuvo que dar un discurso en el escenario del gimnasio.

“Primero que todo quiero agradecer” fue lo único que alcanzó a decir antes de enmudecer por completo frente al micrófono. “No sabía dónde

estaba, qué tenía que decir, estaba completamente en blanco”, recuerda. Para salir del traspie bromeó con su olvido y recurrió a un texto que había escrito para casos de emergencia como ese. “Es un bloqueo total, como me da el pánico, menos recuerdo las cosas”, ríe.

El reconocimiento, en tanto, es algo que no le afecta. En cuanto a distinciones y premios, “es algo como que pasa, no le tomo mucha importancia, además que no tengo tantos”, afirma. Su orgullo personal es cuando “alguien se divierte, se entretiene y goza leyendo algún cuento, eso me encanta. No me gusta escribir para enseñar”. Disfruta que los niños se le acerquen para comentarle algún detalle de un libro o de un personaje, que sea una actividad interesante, no una tarea, no una obligación. “Es súper gratificante verlos felices opinando de un libro”, finaliza.

Sergio Gómez: un animal de provincia

Tenía 11 años y caminaba por fuera de la antigua Librería Gutiérrez de Temuco. Vio en la vitrina un libro en cuya portada aparecía un perro feroz que captó su atención: se trataba de “El llamado de la selva” del estadounidense Jack London. Fue el primer libro que compró, pero se encontró con una sorpresa. Ya avanzada la lectura, el ejemplar venía con una decena de páginas en blanco.

Al regresar a la tienda, tímido y nervioso, el niño solicitó el cambio al dueño. Zenobio Gutiérrez era un hombre viejo, imponente e importante, pues había sido alcalde de la comuna años atrás. “¿Y por qué no escribe usted lo que falta?”, fue su fría respuesta. Con los años la frase cobró gran valor para Sergio Gómez. “Escribir es eso. Es juntar los vacíos de historias que uno tiene en la cabeza y llenarlos”, afirma.

Llegó casi por casualidad a dedicarse a los lectores más pequeños. Con su amplia trayectoria en libros para adultos ganó el Premio Lengua de Trapo de Narrativa de España en 2002 con “La obra literaria de Mario Valdini”. Pero fue “Quique Hache” (1999), en tanto, quien lo posicionó

como un integrante indispensable en las lecturas escolares. Asimismo, con “Los increíbles poderes del señor Tanaka”, en 2012 ganó el Premio Barco de Vapor, confirmando su popularidad.

A sus poco más de cincuenta años y viviendo en Santiago por trabajo, el autor se define a sí mismo como un “escritor de provincia encerrado en la capital”. Desde esa vereda conquista y entretiene a su público, mostrando de manera implícita todos los elementos de su entrañable experiencia en regiones.

“No se puede poner el ego antes que el trabajo”

Acostumbra citar a quien quiera conversar con él, en un lugar que sin letreros que lo anuncien, lo identifica y refleja su esencia: una conocida librería que se ubica muy cerca de su casa en la comuna de La Reina. Los vendedores ofrecen su última publicación cuando se les pregunta por Sergio Gómez.

“La felicidad de los niños” (2015), lejos de lo que proyecta su título, es una cruda y oscura novela policial para adultos. Es el género que le agrada y que más ha desarrollado en su carrera. Ejemplo de ello son cuentos

como “Adiós, Carlos Marx, Nos vemos en el Cielo” (1992), y novelas como “Vidas ejemplares” (1996) o “El labio inferior” (1998). Historias que hablan de vicios, problemas sociales y violencia. Solo una casualidad intervino para atreverse en un nuevo estilo.

Al llegar a la tienda saluda con naturalidad a los vendedores, quienes parecen reconocerlo. Para sentirse cómodo para hablar, sin embargo, se traslada a una cafetería en el segundo nivel del centro de locales comerciales. Luego de comentar un poco sobre su reciente obra, rememora el instante en que consideró a los niños como destinatarios de sus narraciones.

El último año de la década del noventa, emerge la nueva faceta en Gómez. Conversando en su lugar de trabajo recibe una sugerencia que él jamás pensó: escribir algo para niños. La idea le pareció interesante y en pocos días estaba trabajando en el proyecto para responder la pregunta sobre “¿qué le hubiese gustado leer al Sergio de doce o trece años?”.

Fácilmente realizó una combinación entre un muchacho similar a Papelucho, pero menos inocente, las aventuras investigativas de Tom Sawyer, una cuota de fútbol y otra de humor. “Lo que ocurre es que surge

un principio de historia, una pequeña visión de lo que sucede, una nebulosa. Y ahí está lo entretenido, que esa nebulosa comienza a despejarse”, revela.

“A Cacho Ramírez, el arquero del equipo, lo necesitaban ese sábado en la cancha, no bastaba con reemplazarlo. Hacía tres semanas que había desaparecido misteriosamente y nadie sabía de su paradero. Para el Ferro Quilín, además de evitar y atajar los goles, era un símbolo, una cábala para todo el equipo”⁷.

Así nace un adolescente detective que debe encontrar al jugador secuestrado para salvar al equipo local del descenso. ¿Su nombre? Quique Hache. “Siempre quise que me dijeran ‘Quique’, por mi segundo nombre. Para mí era un gran apodo, por lo que lo usé en el personaje. Además, no se me ocurría ningún apellido, entonces puse una H para cambiarla después, pero no lo hice y quedó de esa forma”, indica sobre su primera creación para niños.

En el proceso escritural florece su propio estilo, su pluma. Es donde pesa lo que está diciendo y no a quien se lo está contando. No obstante, es consciente de que esas páginas llegarán a mano de escolares, por lo que es

⁷ GÓMEZ, S. 1999. Quique Hache, detective. Santiago de Chile, Alfaguara Infantil. 23p.

en el paso siguiente, en la corrección, donde elimina los vocablos más complejos y se ocupa de la simpleza del texto. “Tengo que pensar cada frase, casi sin abstracciones”, dice.

La entretención es la máxima de sus historias. “Estoy cultivando lectores para mis futuras novelas policiales”⁸, bromea en relación al éxito de las historias del detective que cuenta con una serie de tres libros y una novela gráfica donde se involucra en diversos misterios.

De la misma manera en que encontró en sí mismo los elementos clave para su exitoso debut como escritor infantil, el día a día le ofrece un sinfín de posibilidades. Cuando trota por la calle, una de sus actividades favoritas, o cuando va a comprar por su barrio, aparecen potenciales nuevos relatos.

La ferretería cercana a su casa, por ejemplo, tiene una zona donde las personas publican avisos de distintos tipos. Uno de ellos mostraba la foto de un perro perdido llamado Rallo. La falta de ortografía en el nombre

⁸ GARCÍA, J. 2015. Sergio Gómez: "Es muy policial el momento que se vive en Chile". [en línea] *La Tercera*. 11 de abril, 2015. <<http://www.latercera.com/noticia/cultura/2015/04/1453-625010-9-sergio-gomez-es-muy-policial-el-momento-que-se-vive-en-chile.shtml>> [consulta: 20 de abril de 2015]

le causó gracia y despertó la idea de crear una novela con el animal extraviado.

Es una persona autocrítica, exigente y dedicada, características que considera fundamentales para definirse como escritor. “Hay que dedicarse seis o siete horas a la escritura y la lectura. Hay que ser profesional, no se puede poner el ego antes que el trabajo”, asevera Sergio, que trabaja en su casa desde muy temprano para generar una literatura de calidad para los pequeños que lo leerán.

Y es que su relación con los niños es muy buena cuando comparte e interactúa con ellos en las visitas a colegios. Logra generar un diálogo y que los alumnos se interesen por participar en la actividad. “Se da algo distinto, llega el escritor que para ellos es como alguien inexistente, entonces es novedoso”, afirma aclarando que más allá de eso, “no ando por la calle diciendo ‘qué lindo el bebé’”.

Desde su perspectiva, “el escritor de literatura infantil no tiene que llevarse bien con los niños, debe tener una buena relación consigo mismo como niño”. Esta es una de las razones por las que evita los textos con enseñanzas. “A mí leerlo me aburre, escribirlo me aburriría más”, asegura.

La brújula que marca hacia el sur

Sergio y sus amigos jugaban fútbol cada tarde al aire libre, haciendo una pausa las pocas veces que pasaban vehículos. No existían tecnologías que los mantuvieran apartados ni temores por estar en la calle. Era una instancia de desarrollar la vida de barrio, tiempos en que los vecinos se conocían y los niños escogían jugar entre ellos antes que ver televisión.

“Esa es la vida que a mí me gusta recordar y contar en las novelas. Ahora quizás es un poco idealizado, pero en esa época era entretenido vivir así”, sostiene. Advierte que hoy la naturalidad de interacción entre los pequeños ha cambiado en cuanto a espacio y a formas, porque “ya nunca ves a niños jugando en las calles, en ningún barrio, lo que a mí ahora me parece muy raro”.

Con nostalgia comenta que su encanto por el sur del país lo llevó a conocer autores como Francisco Coloane, Manuel Rojas o Daniel Belmar. En casa de su abuela encontraba distintos ejemplares de las publicaciones que le mostraron una literatura chilena que lo cautivó.

El frío intenso, la persistente lluvia y los conflictos por animales, eran los componentes de las tardes de lectura cuando era niño. Asimismo

disfrutaba el realismo social de Nicomedes Guzmán. Literatura poco frecuente en alguien tan pequeño, pero que complementaba y aliviaba con las historias de “Papelucho” de Marcela Paz.

“Me acuerdo que no había cosa más agradable que leer esas aventuras acostadito, mientras afuera hacía frío”, indica sobre las narraciones que retrataban la vida de provincia que él mismo tenía a su alrededor. De Guzmán, en tanto, le gustaba que pese a escribir sobre la ciudad, hablaba de su lado oscuro, con conflictos que también sucedían fuera de ella.

Sus padres no eran buenos lectores, por lo que Gómez leía lo que encontrara, así se tratase de los cuentos de Corín Tellado que aparecían en una revista femenina que compraba su mamá. No obstante, ellos preferían que su hijo hiciera otra actividad en lugar de leer. “Eran muy estructurados como profesores de matemáticas. No entendían el valor de la lectura como yo, por lo que era muy difícil conseguir un libro, sobre todo estando en regiones”, afirma el escritor. La escasez de material impulsó en él la necesidad de crear sus propios relatos.

Dedicarse a las letras de forma profesional no fue una decisión fácil. “Antes te respondían dos opciones cuando lo comentabas: que te ibas a morir de hambre o que eras gay. Entre los amigos nunca se podía decir que escribías o que tenías cierta sensibilidad para eso, por lo mismo”, cuenta Sergio, quien finalmente ingresó a estudiar Derecho en la Universidad de Concepción. Convencido de que no era lo suyo, más tarde se cambió a Literatura en la misma casa de estudios.

En plena dictadura su época universitaria fue bastante politizada. “Encontrar a gente con quien fuera importante hablar de política, de literatura, de lo que estaba pasando, fue un gran cambio”, asegura. Entre risas comenta que fue expulsado luego de numerosos sumarios por participar en actividades de protesta. “Incluso me seguían sumariando después de que me habían echado, ¡era tonto!”, añade.

La visita del Papa Juan Pablo II en 1987, no solo fue un momento de ajetreo político y social. Significó para Gómez la oportunidad inesperada de retomar su carrera. La federación de estudiantes solicitó al rector delegado, Carlos Von Plessing, que reincorporara a algunos alumnos. “No sé si quería

volver, además lo encontraba muy raro, pero lo hice”, señala. Lo único que debía hacer era asistir a una reunión.

Más de media hora esperó Sergio al rector para concretar su regreso a la universidad. La oficina era lúgubre y oscura en el centro de Concepción. “¡Qué me irá a pasar acá! ¿Tendré que decir perdón o reclamar?”, pensaba con curiosidad. Cuando llegó la autoridad, brevemente le indicó que debía asistir a clases el lunes siguiente. “¡Ahora acompáñeme!”, fue la rápida orden que tuvo que seguir el estudiante.

Von Plessing abrió una puerta lateral del lugar y Gómez pudo ver cómo, en pocos segundos, un grupo de periodistas los fotografiaron juntos. El titular en el diario local al día siguiente fue “Rector se reconcilia con alumno”, menciona con cierta gracia. Aclara, de todos modos, que más allá de lo anecdótico, fue un tiempo duro en el que compañeros y amigos murieron.

Al terminar sus estudios, y con el retorno de la democracia, paso a paso se posicionó en el ambiente de las letras con sus cuentos y su labor de editor. El crecimiento laboral trajo consigo un quiebre en el esquema que hasta entonces conocía Gómez: irse a vivir a Santiago.

Cautiverio capitalino

Sergio había finalizado recién una charla en un colegio y se dirigía a los estacionamientos junto a una autoridad del recinto. Una niña lo estaba esperando con su amiga para tratar de resolver una interrogante. ¿“Por qué siempre escribes de animales?” le dijo. Confundido, el autor le contestó que no era así, pero la escolar parecía segura de lo que había notado en los libros del autor que tenía enfrente.

Aunque en el momento no le prestó mayor análisis, luego se percató de que algo de razón tenía ella. En “El canario Polaco”, obra con que ganó el Premio Gran Angular en 2008, el narrador es un ratón que se hace amigo de un canario y una niña durante la Segunda Guerra Mundial. “Los increíbles poderes del señor Tanaka”, por su parte, muestra un león de circo que un inmigrante japonés encuentra en una caleta del sur de Chile.

Fue el comentario de la pequeña lectora el que lo inspiró a narrar “La verdad según Carlos Perro” (2004), en el que un cachorro abandonado sale en busca de una nueva vida. De acuerdo a cómo Sergio observa su tendencia, “no es que me interesen tanto los animales, lo que me importa es la relación de los seres humanos con ellos”.

Prueba de esto es “Yo, simio” (2006), una reflexión de la condición humana, pero mediante la analogía con un animal en cautiverio y que de forma inconsciente puede dar cuenta de un momento personal del autor.

“Desde el día en que salí de mi prisión en el zoológico, entendí que debía acostumbrarme a todo lo nuevo que viniera. Debí aprender rápidamente, debí sobrevivir, de eso se trataba”⁹, cuenta el primate protagonista.

En parte, Gómez vivió algo semejante al personaje al instalarse el centro de Santiago en 1995. Tuvo que adaptarse a un entorno muy diferente al que acostumbraba. Lo que no imaginaba el autor cuando se mudó a la capital, es que en medio de ella, encontraría a alguien que reflejó con exactitud los paisajes de su niñez y de su vida literaria en el sur.

Fue a comprar a un supermercado que estaba en calle Monjitas, a dos cuadras de su departamento. Sergio quedó perplejo al ver a un hombre alto, muy delgado y de barba blanca que miraba un saborizante de leche. No había duda, era Francisco Coloane.

⁹ GÓMEZ, S. 2006. Yo, simio. Santiago de Chile, SM. 131p.

“No me atreví a hablarle. ¡Cómo alguien que escribía del sur, de lo más austral iba a estar en el centro de Santiago!”, recuerda. Se prometió a sí mismo hacerlo si lo veía nuevamente, pero tampoco fue capaz cuando eso ocurrió. Su gran referente vivía sólo a unas calles de él, pero no logró interactuar con él antes de que falleciera.

Un tiempo después se hizo amigo de Eliana Rojas, segunda esposa y viuda del afamado autor. A través de ella conoció el escritorio donde él trabajaba y múltiples historias de su vida. En uno de los pasillos de la casa había un cuadro con numerosas firmas de importantes escritores e intelectuales internacionales. Eran los amigos de “Pancho”, como le decía la señora, quien en una de las últimas visitas a la casa, invita a Sergio a firmarlo. “Fui un amigo post mortem de ‘Pancho’ Coloane”, indica sonriente.

El vínculo con el sur y el acercamiento a su autor favorito le ayudaron a que su integración en Santiago fuera un tanto menos brusca. Si bien aún no se siente totalmente a gusto, su trabajo le impide regresar a Temuco. “Me gustaría vivir hace tiempo en provincia, más tranquilo, pero

económicamente no me conviene”, confiesa el exeditor de las editoriales Alfaguara, Planeta y Norma.

“No hay nada distinto en ser escritor”

Pese a que los escritores a quienes admira desde su infancia lo formaron como literato, al momento de escribir para niños, Gómez se considera un mal lector de este género. “He tratado de cambiarlo, lo encuentro curioso”, sostiene. No encasilla su lectura en un solo género, por lo que le cuesta identificar un referente para el que él desarrolla. “En su momento me gustó leer “Harry Potter”, pero nunca pensé en hacer algo así”, explica.

En la otra vereda, él mismo se ha convertido en referente de sus lectores. Lía (10) y José (11) son los dos hijos de Sergio y se encargan de comunicarlo entre sus pares. “Ellos dicen que el papá es famoso”, relata riendo. “Tú sabes que al ser escritor infantil la fama es relativa”, bromea. Por programación escolar, la mayoría de los estudiantes debe leer “Quique Hache”, por lo que suele acudir al colegio para comentar el libro. “Ellos le

cuentan a las profesoras, a los compañeros, les parece muy entretenido”, dice.

La gran admiración que le tienen sus hijos y la promoción que hacen de su figura, no es tal entre otros familiares y amigos. A Gómez no le gusta para nada la idea de que el escritor es una personalidad superior o distinta a las demás profesiones, por lo que el bajo perfil y la naturalidad son fundamentales.

“Con mis hermanos creo que nunca hemos hablado de literatura. ‘El Sergito publica unos libros’, dicen, pero ni siquiera les interesa. Con mis amigos tampoco. Hubo uno que se enteró y me dijo ‘¿Oye, tú publicaste un libro?’, pero nunca me preguntó cómo se llamaba ni nada y a mí me pareció fantástico”, revela.

Lo que sí le gusta disfrutar es el entusiasmo que puede generar con sus ideas. Es el caso de sus padres, quienes dejaron de cuestionar a Sergio al observar sus logros. “Dicen ‘¡qué bueno que le dije que fuera escritor!’ . ¡Cuándo, si fue todo lo contrario!, pero al final uno les hace creer que sí. Es eso lo que a uno le alegra más”, expresa.

En lugar de vanagloriarse, Sergio detecta que en su trayectoria tuvo un largo tiempo al margen de las publicaciones propias por su trabajo en editoriales en el que “el editor no puede ser juez y parte”. El período, que duró casi diez años, le costó un espacio como autor que le ha sido difícil recuperar. “Lo dejé pasar y ahora me toman poco en cuenta. Hay más gente joven en el medio”, explica.

Hoy siente la necesidad de internacionalizar su carrera, de que sus títulos puedan llegar a los lectores de distintos países sin la segmentación de edad que restringe el libre fluir de sus palabras. Para ello también quiere dejar a un lado su impulsividad y preparar mejor sus próximos libros en cuanto a investigación histórica, que es el área que más le agrada. Todos estos proyectos, claro, unidos a su mayor sueño que es regresar a su natal Temuco.

La idea de atribuirse reconocimiento y una condición de figura a título personal, está completamente rechazada por el autor. Sabe que la creatividad, las historias y cómo las cuenta, es lo que lo conecta con sus pequeños lectores. “No hay nada distinto en ser escritor, en general todo

esto es un trabajo donde uno le pone mucha sensibilidad, pero no es más que eso”, finaliza.

Kommentar [jml4]: Por qué no dice nada sobre su paso por los talleres literarios de El Mercurio, en la época de la zona de contacto con fuguet y cia.

Mauricio Paredes: La ingeniería de lo irónico

Una carta Gantt sobre la mesa. Una exposición planeada y los interlocutores atentos. Nada fuera de lo común para un ingeniero civil eléctrico. Pero Mauricio Paredes no está a punto de presentar un proyecto para una gran empresa ni está frente a ejecutivos internacionales. Es abril de 2001 y son sus padres quienes escuchan la nueva ruta que pretende iniciar: ser escritor.

Luego de la explicación de tres fases que contempló para el proceso, el respaldo fue absoluto. Se trataba de escribir, mejorar y rentabilizar, a plazos de uno, tres y diez años. “Ellos vieron desde siempre mi amor por el lenguaje y que soy muy perfeccionista, que no dejo las cosas a mitad de camino. No fue que un día me desperté y les dije quiero ser escritor y al día siguiente que quería ser cantante”, recuerda.

Han pasado catorce años desde que cambió las absorbentes rutinas de oficina, por las creativas. Es el actual vicepresidente de IBBY Chile y tiene gran prestigio gracias a sus publicaciones en Editorial Alfaguara Infantil y en Ediciones SM, con títulos como “La cama mágica de Bartolo” (2002),

“¡Ay, cuánto me quiero!” (2003) o “Cómo domesticar a tus papás” (2009), entre otros. Toda su obra está plasmada por el humor, la simpleza y la ironía.

Ha visitado más de 700 colegios dentro y fuera de Chile en los que acerca a los niños a la literatura. Su lenguaje es transversal para ser disfrutado por los lectores de todo Latinoamérica.

“A los nueve años dije que quería ser ingeniero y escritor. Lo divertido es que lo haya sido”, cuenta Paredes sobre un resultado que se narra por sí solo en las tres etapas de la Carta Gantt.

Primera etapa: escribir y nada más que escribir

La meta inicial tuvo como objeto saber si realmente le gustaba escribir. Dedicarse a ello mañana, tarde y noche. “Pensé que me iba a durar unos tres o cuatro meses y me aburriría, pero no. Me encantó. Es la época en que más he escrito, aunque casi nada de eso está publicado”, relata Paredes.

Haciendo uso de la disciplina que la ingeniería le aportó, desde ahí en adelante y, sin percatarse, desde ahí hacia atrás, construyó un proceso escritural en que afloran tanto sus gustos e intereses como elementos de su personalidad y de su vida. “La narrativa a mí me llena. Yo escribo y como que se me va llenando el alma”, comenta.

Mauricio realiza una mezcla de rigurosidad con creatividad. El escritorio de la casa es, para muchos, el espacio donde surge la concentración, el silencio y la productividad. En la casa de Paredes, es el lugar ideal para que sus tres hijos -Catalina, Matilde y Agustín- interrumpen incesantemente su trabajo durante el día. “Es el costo que tiene poder pasar más tiempo con mis hijos. Más que cualquier otro papá o mamá”, confiesa.

Más allá del espacio físico donde se escriben sus libros, las ideas fluyen por la cabeza, pero no son aprisionadas en ningún papel ni nada que pueda forzar su existencia. “Si se me olvida, significa que no era tan valioso emocionalmente para mí. Tiene que ser algo en que el tema me motive”, comenta.

“Solo he escrito dos libros a pedido, instrumentales, pero con temas que me gustaban”, afirma refiriéndose a “Susana y el árbol de la vida”

(2013) y a “Las aventuras de Venturio” (2015). El primero como proyecto para un cementerio y el segundo recientemente publicado para la campaña de navegación segura en internet, de una empresa de telecomunicaciones. “Yo estoy muy metido en las redes sociales y veo la cantidad de niños que me agregan. Es un tema súper delicado”, indica.

Pero por premisa, Paredes trabaja sobre su propia creatividad e intención. Cuando la idea ya se convirtió en proyecto, se reordena la cotidianidad del escritor. “Normalmente yo hablo mucho, pero cuando estoy escribiendo me retraigo y me concentro”, expresa. Así también, al momento de descansar, debe concentrarse en no pensar nuevas historias y relajarse. “No me pasa que tenga momentos de bloqueo”, agrega.

Aunque Mauricio confiesa que cuenta historias prácticamente desde que aprendió a hablar, jugando con adivinanzas, chistes y títeres, fue “La Cama Mágica de Bartolo” el título que lo llevó a ser más conocido en el circuito nacional. Un texto que surgió como vía de escape a las matemáticas jornadas universitarias y que de cierto modo sembró la idea posterior de la Carta Gantt para dedicarse profesionalmente a escribir.

Fue precisamente en 2001 cuando esta aventura llegó a los lectores. “A mis amigas de la universidad les gustó cuando la escribí, pero quedó guardado hasta que lo llevé a tres editoriales y en una me dijeron que sí”, sostiene.

Los ingredientes personales de la vida del autor se integran también en lo escritural, en elementos tan simples como “Verónica, la niña biónica”, lanzado en 2005 por Alfaguara infantil.

“La primera vez que Mauricio vio a Verónica la niña biónica, le pareció la persona más misteriosa y saltarina que jamás había conocido en su vida. Después descubriría que su comportamiento estrafalario se debía a que tenía superpoderes. Es decir, no era una niña común y corriente, sino que una superniña”¹⁰, comienza la narración.

La extrovertida chica que se hace amiga de un cauteloso muchacho, tiene más que coincidencia de nombres. No trata sobre Verónica Laymuns, la ilustradora de la mayoría de los libros de Mauricio y, por cierto, su esposa. “Hice una trampa. En el libro Verónica soy yo y él es mi señora. Yo soy el arrebatado”.

¹⁰ PAREDES, M. 2005. Verónica, la niña biónica. Santiago de Chile, Alfaguara Infantil. 4p.

La relación entre ambos requiere una distancia clara entre los temas familiares y los laborales. “Si tengo que decirle algo de trabajo y estoy en la casa, le mando un correo. Si tenemos que coordinar algo, vamos a la cafetería cercana”, cuenta el escritor.

Es la libertad al momento de elegir de qué y cómo escribir lo que ha entregado seguridad y fluidez a la narrativa de Paredes. “Yo no pienso prácticamente nada en el lector”, afirma.

Segunda etapa: Control de calidad

Saber si sus historias eran realmente buenas, fue el segundo paso. Luego de averiguar dónde trabajaban diversos escritores, los visitaba para compartir sus creaciones y tener opiniones fundamentadas. “Iba a la universidad donde trabajaban y les decía ‘hola, quiero ser escritor’ y me leían y aconsejaban”, recuerda.

Las respuestas que recibió lo llevaron a descubrir su talento y el camino para mejorar su narración. “Carlos Urrutia, por ejemplo, me ayudó mucho en el sentido de lo severo que tiene que ser el manejo del lenguaje,

que no es llegar y poner una palabra”, recuerda Mauricio refiriéndose al autor de cuentos cortos al estilo Borges.

Unos cuantos años antes de ese recorrido, el Cuerpo de Bomberos organizó un concurso de poesía a nivel nacional que tuvo como ganador a un Mauricio Paredes que cursaba quinto año básico. El resultado fue un texto con cuidadosa métrica y rima, un gran interés por el oficio y una sonriente foto en el diario. “Ahí me vendí, porque nunca quise ser bombero, aunque respeto mucho a la institución. Lo hice para ganar”, indica riendo. Las señales de un talento emergente, ya estaban a la vista.

Paredes reconoce en sí mismo las aptitudes necesarias para cumplir su labor profesional y así también identifica su estilo y el origen de este. “No me considero un escritor latinoamericano. Me fascina Chile y América Latina y mis historias tienen mucho de ello, de lugares, de personajes. Pero en el estilo, tengo muy poco. No tengo la nostalgia y el adoctrinamiento”, afirma. Las bases sobre las que se cimentó están lejos del territorio narrativo nacional.

Y es que las clases de castellano de su colegio, The Grange School, estaban enfocadas en la gramática y la sintaxis. Por ello, fue en las clases de

inglés donde conoció la obra de numerosos autores extranjeros. “El profesor nos leía en voz alta y hacía las voces de los personajes. Era demasiado entretenido. Eso no se hacía en castellano, era bien árido”, recuerda.

Fue gracias a aquellas instancias que consideró por primera vez dedicarse a las letras. Sus referentes son, desde entonces, escritores de renombre mundial. En Roald Dahl, creador de “Charlie y la fábrica de chocolate”, descubrió el territorio de la paradoja, el humor y lo absurdo, que se acercaban a lo que él mismo quería narrar y entregar a los lectores. “Tuve muchos profesores escoceses o irlandeses, entonces la ironía es algo que manejo mucho”, añade.

“Cuando era niño nos hacían leer libros más bien nostálgicos, melancólicos. Pero ¿De qué puede sentir nostalgia un niño de ocho años? ¿De cuando tenía seis? Es un sentimiento que no le es propio”, explica el autor que se enfoca en una vereda opuesta narrativamente hablando.

En su perspectiva personal, en cambio, el ruso Fiódor Dostoyevski con “Los hermanos Karamazov” definió lo que buscaba en la literatura. Marcó un punto tanto en su vida personal como de escritor. “Me gustan los libros que con-mueven, que llevan de un lugar anímico a otro. Esos que son

tan buenos que te hacen ser una persona distinta al terminar de leerlos”, expresa.

La claridad y el entusiasmo que demuestra al hablar de sus referentes, de sus gustos literarios y de la literatura en general, son los mismos elementos que aplica para hablar de su autoría. No hace diferencias de intensidad, ya que para él la narrativa es un todo. “Yo leo y escribo para pasarlo bien, así como la gente lee para divertirse”, expresa Mauricio.

El reconocimiento y los premios es un aspecto que lo enorgullece y lo alegra. “No es por la plata. El ‘te felicito, lo hiciste bien’, me encanta. Necesito ese alimento para el autoestima”, acepta, a la vez que identifica uno de sus defectos. “Me gusta que la gente inteligente note mi inteligencia”, agrega.

Así como fue nombrado Persona Pública Distinguida por su aporte a la literatura y como uno de los líderes jóvenes que selecciona anualmente El Mercurio, reconoce que hay premios que le gustaría recibir. Es el caso del Premio Nacional de Literatura. “Probablemente me lo van a dar cuando sea viejo, porque implica una mantención económica”, comenta bromeando.

Su ego, sin embargo, no llega al nivel caricaturesco y extremo del protagonista de “¡Ay, cuánto me quiero!”. Este particular niño se extraña a sí mismo mientras duerme, cree ser el mejor hijo y el más adorable. “Sentado en mi rama ensayo mis discursos de agradecimiento, para cuando me entreguen todos mis premios, mis diplomas, mis trofeos y mis medallas. ‘Gracias, gracias’, digo. ‘Me doy gracias a mí mismo por mi apoyo. Todo me lo debo a mis propios méritos’”¹¹, señala el muchacho.

Tercera etapa: Creatividad rentable y difusión

La tercera etapa, la proyección a diez años, tenía como meta subsistir económicamente de la literatura. “Siempre he sido muy meticuloso con la plata. No es mi idea venderme, tener que escribir cualquier cosa por más dinero”, sostiene. Sabía que no era lo mismo un sueldo de ingeniero a uno de escritor.

“Mi primera liquidación por derechos de autor, luego de seis meses, fue de \$60.000 pesos. La segunda fue un poco mejor, pero tampoco alcanzaba para vivir”, revela Paredes. Con el paso del tiempo y sus

¹¹ PAREDES, M. 2003. ¡Ay, cuánto me quiero!. Santiago de Chile, Alfaguara Infantil. 13p.

publicaciones cada vez más conocidas, pudo comenzar a cumplir el paso final para convertirse en escritor profesional.

Más allá de las ventas de libros y de premios recibidos, las redes sociales se han convertido en un amplio espacio de reconocimiento para la obra de Mauricio. Un simple recorrido a través de sus publicaciones basta para advertir la cercanía que tiene con los alumnos de los colegios que visita.

Los cursos representando sus historias, los niños disfrazados de los personajes e imágenes de sus charlas. Esas son solo algunas de las fotografías que recibe de parte de profesores. Así también los padres comparten imágenes de sus hijos leyendo alguno de los libros y contando la influencia que la literatura de Paredes ha tenido en el desarrollo lector de los pequeños.

El propósito de la pluma de Mauricio es entretener a los niños con las aventuras de sus personajes, que encuentren en las páginas algo grato de leer, sin mensajes valóricos o enseñanzas ocultas y todo lo que puede alejarlos de un libro. “No me gustan para nada los libros adoctrinadores. Si

lo escribes para que los usen en los colegios y porque es parte de los contenidos, finalmente los niños se dan cuenta y se aburren”, comenta.

Toxina y Roñoso son los padres de una familia que desarrolla sus actividades en base a cuestionables hábitos de higiene. No se duchan, reúnen basura y tienen curiosas ideas. Incluso disfrutaban de la mugre y malos olores.

“Por ser chascón y no bañarse, pronto le salieron los piojos. ¡Pobre Roñoso! ¡Cómo se rascaba todo el día! De pronto, sin previo aviso, la picazón desapareció. Fueron las garrapatas, que vinieron y se comieron a los piojos en un segundo”¹². Es una de las descripciones presentes en uno de los títulos más populares de Mauricio.

“La familia Guácatela” es una creación de Paredes que tomaron los colegios como parte del programa escolar. “Se ha usado para trabajar ecología y me parece bien, pero no estuvo pensado para eso. Los niños son inteligentes y entienden que es una parodia. No hay ninguno que termine cochino después de leerlo. Se ríen”, ejemplifica.

¹² PAREDES, M. 2011. La familia Guácatela. Santiago de Chile, Alfaguara Infantil. pp. 35-37.

Y es que en las exposiciones de Mauricio no existe el aburrimiento ni el silencio absoluto. El dinamismo que plasma en sus historias se traspasa con el mismo entusiasmo a sus interlocutores, quienes interactúan, juegan y ríen con el escritor. Los minutos de lectura atrapan a los pequeños gracias a las voces y entonaciones que Paredes realiza. El tiempo de conversación, en tanto, lo logra con un interés notorio en la opinión de los niños.

“Para mí escribir es un regodeo personal, pero todo el resto del tiempo mi trabajo es promover la literatura para que los niños tengan esa experiencia increíble que tuve yo con la lectura”, sostiene el autor.

Con la intención de que sus obras no queden solo en algunos colegios, Mauricio organiza las charlas usando la regla del 7-3. Esta idea consiste en visitar siete de escasos recursos y tres más acomodados, lo que le permite estar en contacto con diversas realidades y espacios del país. “Les cuento esto no para que digan ‘Uy, qué bueno es Mauricio’, sino que para instarlos, para exhortarlos a que ustedes vean hasta dónde pueden

contribuir con su trabajo en beneficio de los más necesitados”,¹³ explica a través de sus redes sociales.

La mirada sobre las páginas escritas

“Los libros son los mejores juguetes. Todos tenemos nuestros favoritos y, aunque estén viejos o hayan pasado a la mejor vida del recuerdo, los seguimos llevando en el corazón por siempre”¹⁴, es el mensaje de Mauricio para el Día Mundial del Libro 2015 y que refleja su permanente relación con estos objetos.

El Museo Histórico Nacional tenía como voluntaria de restauración de libros a una mujer que en ocasiones llevaba a su pequeño hijo. Se trata de la madre de Mauricio. “Ahí yo aprendí que los libros eran un tesoro. El objeto mismo y lo que contenían. Que por eso valía la pena el trabajo fino de restaurarlos”, explica al mismo tiempo que recuerda una vida familiar ligada a la cultura donde era frecuente asistir a la ópera, tomar clases de instrumentos musicales y, por cierto, la lectura.

¹³ PAREDES, M. 2015. La Regla de 7-3: Actualización de Facebook 11 de junio. [en línea] <<https://www.facebook.com/habiaotravez>> [consulta: 20 de junio de 2015]

A nivel literario, el valor de la creación fue inculcado por los padres a sus tres hijos. Ellos les leían cuentos para divertirlos y compartir entre todos los miembros de la casa. La abuela paterna, por su parte, les inventaba historias cuando se quedaban a alojar con ella.

La deuda consigo mismo es concretar un libro que, según declara, lleva pensando por décadas. “Me he dado cuenta de que, en verdad, lo he postergado por flojera, porque significa mucho trabajo”, indica desmintiendo sus propias excusas de falta de tiempo o de la calidad de la historia que pretende escribir.

Por ahora el relegado proyecto está aún en una Carta Gantt sin plazos y, probablemente, no sea una historia para niños. De todas maneras, las tres etapas que se propuso han dado como fruto un sinnúmero de títulos infantiles que han hecho que los niños se interesen en las letras y las aventuras que les ofrece.

“Yo tenía un plan para los diez primeros años, llevo catorce siendo escritor”, señala el autor que se confiesa impetuoso, amante del fútbol, y

¹⁴ PAREDES, M. 2015. La Fundación Cuatrogatos celebra el 23 de abril, Día Mundial del Libro, con la colaboración de más de 60 autores, ilustradores, editores, críticos y promotores de lectura de Iberoamérica. [en línea] <<http://blog.cuatrogatos.org/blog/?p=2959>> [Consulta: 20 de junio de 2015]

católico practicante, que se ha convertido en uno de los principales difusores de la literatura infantil en Chile.

Francisca Solar: Versátil y vanguardista

Algunos la identificarán por su característico pelo colorín. Otros por el llamativo tatuaje de un ave fénix que abre sus alas rojizas sobre el dorso de su mano. La mayoría, en cambio, la reconoce por ser la conductora de “Inteligencia colectiva”, el programa de tecnología e innovación que transmite un canal de cable.

Además de ser una destacada periodista experta en medios digitales, Francisca Solar desarrolla toda su creatividad a través de las letras dirigidas a jóvenes y niños. Títulos como “El Ocaso de los Altos Elfos”, “Igual a mí, distinto a ti” o “La séptima M”, la convirtieron en un exponente de la narrativa nacional contemporánea.

“A los 15 años le dije a mi papá que iba a ser escritora y se rió en mi cara, porque creía que para eso tenía que tener 45 años y haber viajado mucho”, comenta la chilena más joven que ha firmado un contrato para edición internacional, cuando sólo tenía 22.

Fanática de las series de televisión, del terror, de las redes sociales y del mundo tech, en el aspecto literario es autodidacta desde muy pequeña.

“Me encantaría ganar el premio Barco de Vapor de Ediciones SM, por un vínculo emocional. Cuando niña siempre leía la colección”, recuerda.

Hoy tiene gran conexión con sus lectores más pequeños, quienes reconocen en el trabajo de Fran -como le llaman generalmente- las historias que quieren leer. El misterio, la fantasía y el valor de la inclusión son algunos de sus componentes. “Yo no escribo para los críticos ni para mi editor. Lo hago para los niños. Si a ellos les gusta, no me puede importar menos el resto”, asegura la joven que se considera el elemento extraño de su familia.

Bicho raro con diccionario en mano

Los estudiantes de enseñanza media llegan a la biblioteca del colegio Compañía de María de Manquehue y piden a la encargada el libro que requieren. La mujer se acerca a unas altas vitrinas con llave, retira el texto y efectúa el préstamo luego de timbrar el carnet de membresía. Una actividad muy ceremoniosa a los ojos de una niña de seis años.

Francisca ya leyó todos los títulos que hay en la sección infantil y quiere algo más. Está sentada en el sector para los alumnos más pequeños

calculando el momento exacto para correr hacia las enormes estanterías cerradas, esperar que la bibliotecaria gire para entregar el libro, y así poder tomar el más próximo y huir. La misión se cumplió con éxito en reiteradas ocasiones.

“Así fue que conocí a Edgar Allan Poe, Agatha Christie o Ray Bradbury, por ejemplo. Eran libros que tenía que releer, que tenían muchas palabras nuevas, pero me encantó. Fue mi primera literatura”, revela. Al mismo tiempo que sus compañeros de curso estaban aprendiendo las sílabas, ella estaba en otra dimensión.

Para leer se escondía detrás de un sillón, así nadie le quitaría el libro inapropiado para su edad. En una mano sostenía el texto, en la otra un diccionario y a un costado tenía una libreta con un lápiz. “Anotaba las palabras que no conocía, y ya había entendido que se entienden mejor en un contexto, entonces las buscaba y escribía oraciones para saber si estaban bien empleadas”.

Para ese entonces esta rutina del aprendizaje consciente de nuevos vocablos ya estaba incorporada hace bastante tiempo. Antes de entrar al colegio ya leía incansablemente lo que tuviera a su alcance, porque entendía

que el lenguaje era su área. “Yo sabía que potenciando mi lectura mejoraba mi escritura y viceversa”, indica recordando que prefería pasar su tiempo en esa actividad que jugando con otros niños.

Mientras se perdía en las páginas de “Sherlock Holmes” oculta detrás del sillón, un día de lluvia vio desde la ventana de la biblioteca cómo sus compañeros jugaban con gran energía a saltar en los charcos de agua. Fran no podía entender por qué escogían eso, en lugar de estar aprendiendo con un buen libro.

“Valoro mucho más ser niño hoy, que cuando yo lo era. Maduré muy temprano, tenía otros gustos, no sé. Era un bicho raro. Sentí que nací vieja”, dice explicando que fue una de las razones por las que no tuvo amigos durante varios años. “No me sentía reflejada en mis pares”, agrega.

En las jornadas de colegio el actuar era el mismo a diario: el timbre de término de clases, los niños saliendo a jugar y Francisca subiendo sola a la biblioteca. El psicólogo consideró atípica la reacción de la niña de primero básico y se lo comunicó a los padres. “Por suerte ellos no hicieron caso y me dejaron ser”, indica valorando la oportunidad de alimentar su capital narrativo.

Durante todas las asignaturas que no fueran castellano, la colorina escribía historias en los márgenes de las hojas de su cuaderno. Un día no hizo su tarea de matemáticas y la profesora le preguntó la causa. La respuesta fue clara y segura: “porque esto no me sirve para mi futuro”. Más allá de la anotación en la hoja de vida que se ganó, la chica una vez más tenía certeza de su objetivo. La responsabilidad, excepto en esa ocasión, primó y siempre cumplió con sus obligaciones.

Al interior de la familia no era un tema para alarmarse, pero sí les causaba curiosidad. Nadie más en la casa tenía hábitos de lectura. “Mi papá era un poco más lector, pero porque tomaba el diario del domingo”, revela sin saber de dónde emerge su amor por las letras. “Al parecer proviene de mi abuelo materno, pero no lo conocí”, suma.

Todos reunidos en la mesa le pedían que hablara y que respondiera preguntas que los hacían reír. “Yo no entendía por qué, si yo contestaba en serio. Pero después comprendí que nadie habla con las palabras que usaba. Larguísimas, complicadas, obvio que se iban a reír”, dice sonriente.

Fuera de eso, la familia Solar no se entrometía en lo que la segunda hija hiciera. “Sabía cuáles eran mis responsabilidades y para dónde iba.

Jamás mi mamá me revisó el cuaderno para ver si tenía tareas o me preguntó si tenía prueba, como sí pasaba con mis hermanos”, comenta. Si bien sus padres no impulsaron su faceta literaria, tampoco la coartaron. Era más bien una relación apática.

En enseñanza media se cambió al Colegio del Sagrado Corazón Monjas Inglesas y continuó desarrollando su pluma durante las clases. Esto despertó el interés en su compañera de puesto, quien leyó uno de sus textos y lo difundió en el curso. Luego todas esperaban atentas que Francisca les entregara las hojas de cuaderno con nuevo material. “Fue, de cierta forma, la primera vez que lo que escribía estaba expuesto”, cuenta.

El nuevo colegio fue el lugar que le mostró a Fran que, definitivamente, su camino era la literatura. La moda entre las alumnas era leer libros de la española Luisa-María Linares. La mujer emblema de las novelas románticas tuvo una gran fama entre los años cuarenta y setenta y muchas de sus publicaciones fueron llevadas al cine, como es el caso de “En poder de Barba Azul” (1940).

En sus páginas se advertía un estilo liviano y en palabras sencillas. Aunque no la conocía, en poco tiempo ya había leído todos los títulos que la

biblioteca del lugar tenía de la autora. “Cuando la leí dije ‘yo hago esto, y lo hago incluso mejor’. Fue la primera vez que pensé en que podía dedicarme profesionalmente a escribir”, relata. La decisión ya estaba tomada.

Fanatismo creativo

Desde el comienzo de la popular serie estadounidense “Los Archivos secretos X”, Francisca es una gran fanática. La personalidad de los protagonistas, las historias y la cercanía con lo paranormal atrapó su atención durante la década de los noventa. Esto pese a que en Chile la emisión de capítulos tenía bastante desfase con los estrenos en Estados Unidos.

Con la masificación de la tecnología, la conexión a internet poco a poco fue llegando a los colegios. Fran aprovechaba de pasar su tiempo investigando en línea sobre su serie favorita. En medio de datos, avances y curiosidades, se topó con un fenómeno literario que no conocía, pero que le calzó perfecto para combinar su talento con el gusto por los personajes. Se trataba del fanfiction o fanfic.

Este fenómeno permitió que los aficionados a series, películas, libros o videojuegos, entre otros, desarrollaran sus propias versiones. Agregar capítulos, modificar finales o crear historias paralelas. Todo está permitido. “Me encantó, porque es algo muy de nicho, puedes escribir con seudónimo y es un buen espacio para la retroalimentación. Además es más fácil dejarse llevar cuando los personajes ya existen, porque tienes la base construida”, asegura Fran.

Desde el hallazgo de este género, novedosos casos a investigar por los televisivos agentes del FBI, Fox Mulder y Dana Scully, resultaron de la imaginación de la colorina estudiante. Dedicó bastante tiempo a narrar, pero también a leer muchos fanfics y nutrirse para mejorar los suyos.

Para pulir su redacción, ingresó a estudiar periodismo en la Universidad de Chile. “Sentí que ese era mi lugar. Que la impronta que tenía la carrera ahí era la de formar al periodista con la mejor pluma de Chile”, expresa.

Durante su época universitaria no abandonó el espacio que ya había hecho propio en los fanfics. Al leer la quinta entrega de su saga favorita, “Harry Potter y la Orden del Fénix”, se sintió profundamente decepcionada

y en 2004 reversionó las aventuras del joven mago. Planeó unas 50 páginas, pero la imaginación le permitió escribir 750. Ignoraba que estaba dando un paso importante hacia el reconocimiento público.

“Así como podía tener feedback de mis compañeras, podía tenerlo de desconocidos, que es el real, quería críticas más concretas. Desde el principio me leyeron muchos españoles, mexicanos y argentinos”, afirma. Rápidamente, más de dos millones de lectores elogiaron su trabajo y aptitud.

“El ocaso de los Altos Elfos”, como se tituló la obra que se tradujo al inglés y al italiano, se convirtió en un éxito de la web y una vitrina para el género en Chile. Ha sido reconocido en cátedras y textos académicos internacionales como uno de los ejemplos de fanfiction mejor logrado.

Los comentarios sobre la redacción fueron, además, un aporte a su labor posterior. “Una vez me dijeron que ponía demasiados puntos suspensivos, me fijé y ¡casi me morí! de diez párrafos, siete terminaban así. Lo agradecí demasiado, porque ahora me fijo mucho y casi que no los uso”, asegura.

Solo 22 años tenía cuando Random House Mondadori-España la contactó en 2006. Ante el asombro de su familia, publicó su primera novela que se convertiría en best seller y sería traducida a cuatro idiomas: “La séptima M”. Su génesis proviene de otra de sus aficiones.

Cuando Fran vio la película argentina “Un cuento chino” (2011) se sintió identificada con el comportamiento del rol interpretado por Ricardo Darín. El ferretero acostumbraba recortar de los diarios noticias curiosas o casos inexplicables, y pegarlas en un cuaderno donde las coleccionaba.

La pelirroja periodista hacía lo mismo con notas paranormales o casos misteriosos que encontraba en la prensa. Fue así como surgió la idea que la consagró como novelista. “Para mí las buenas historias están en la realidad”, afirma.

El thriller que sumerge al lector y a los personajes en la búsqueda de una respuesta clara a seis misteriosas muertes en un pueblo desconocido del sur del país, dio paso a la secuela en formato digital “El hada de las cadenas”. Esta vez el equipo de investigadores debe resolver el caso de un accidente aéreo en la selva amazónica. La trama también fue recogida desde la realidad para llevarla a la literatura.

“Hay quienes se sienten mal por decirme que les gusta más “El Hada de las cadenas” que “La séptima M”, pero para mí es mucho mejor. Habla de un avance, de un crecimiento en la escritura”, confiesa Francisca ante las opiniones de sus fans sobre la saga que ambos libros componen, llamada “Viceversa”.

Los pasatiempos e intereses de esta joven escritora aportaron desde las plataformas de la televisión, la literatura y las curiosidades de la actualidad, a su carrera como escritora. Elementos de los que se apropió y logró cultivar en la literatura tanto para niños como para jóvenes.

Libreta y lápiz en todo momento

El día comienza muy temprano y Francisca entra a la ducha. Nada fuera de lo normal hasta que ve un duende tendido junto a un espejo quebrado y un arcoíris. ¿Lo vio en una película? ¿Habría oído sobre él? Después de un tiempo de pensar, tiene la respuesta: se le ha ocurrido un nuevo libro infantil que más tarde titulará “La asombrosa historia del espejo roto” (2009).

Así nacen muchos de los relatos de la autora. Las imágenes o diálogos llegan a su cabeza sin aviso y en cualquier momento. “Siempre llevo en la cartera el celular, un lápiz y una libreta. Si no las anoto en el momento se me olvidan”, confiesa. Lo que viene luego tiene dos caminos.

Si lo que escribió queda solo anotado sin comenzar su desarrollo, puede que pase mucho tiempo hasta que finalmente se transforme en cuento o novela. “La disciplina me mata la musa. Tengo que dejar que fluya sola. Nunca la he restringido ni a horarios ni a nada”, sostiene pensando en que esta libertad puede ser un defecto. “Se supone que me estoy dedicando a esto profesionalmente, quizás debería ser más consciente y tener una rutina”, agrega.

Por ello, cuando se decide a tomar una de sus ideas en carpeta, se transforma. Estructura todo lo que quiere escribir, cuántos capítulos y la extensión de estos. Un mapeo general. “Ahí puedo pasar días enteros escribiendo, sin responder celular, nada. Súper organizada”, indica.

Otro aspecto que considera antes de escribir es qué público tendrá. “Yo pienso ‘me suena que esta historia es más para niños, esta más juvenil’ y después el editor ve el segmento de mercado”, afirma. Cuando es una

obra infantil emplea “un lenguaje más sencillo, pero no necesariamente con una historia simple. Me sitúo. Es una escritura mucho más consciente”.

“Igual a mí, distinto a ti” es un clarísimo ejemplo de la importancia del tema orientado a un grupo etario definido. En 2008, su primera creación infantil estuvo ligada a su propia experiencia familiar. De los cinco hermanos, el menor tiene Síndrome de Down. Durante el proceso de terapia de Juan José, Francisca se enfrentó a diversos casos de mellizos donde solo uno tenía el síndrome.

Kommentar [jmle5]: Las personas con síndrome de down no se rehabilitan.

“Eran casos preciosos, sin prejuicios. El no entender ‘por qué mi hermano es distinto, si para mí es igual’”, dice refiriéndose a las barreras que la sociedad interpone en estas situaciones. “Hasta cierta edad son iguales”, añade. De ahí que le surgió la pregunta sobre cómo perpetuar esa interacción de pares.

Leyendo el diario se encontró con que la convocatoria al premio Barco de Vapor estaba abierta y se fijó en la serie blanca (para niños de 3 a 5 años) y decide participar. Se sentó en su oficina y la historia fluyó sola.

“En la noche, mi papá nos lee un cuento y nos da sueño al mismo tiempo. Su pijama es verde y el mío azul, pero son iguales, con las mismas

patas de lana. Mi mamá dice que Benjamín tiene Síndrome de Down. Yo no sé qué es eso, porque yo lo veo y me veo a mí, igual a mí”¹⁵, es parte de la historia que resultó finalista del concurso. Pese a que no ganó, la editorial se comunicó inmediatamente con Fran para publicarla.

Ella seleccionó fotos de Juan José tomadas en distintas instancias y se las entregó al ilustrador. De esta manera, el personaje que los lectores conocen a través de las letras -colorín y de pies gorditos- es también el menor de los Solar.

“Yo quería rescatar que ese minuto de la vida es súper valioso para poder inculcar en el niño el valor de la diferencia, qué es lo que lo hace distinto al hermano, qué puede aprender de él”, comenta. Lo mismo ocurre con “Sobre ruedas” (2014) que manifiesta la experiencia de un niño en silla de ruedas. Hoy ambos textos integran el plan de lectura complementaria de los colegios y son expuesto en diversos eventos sobre inclusión en las que participa la autora.

Y es que la relación con los más pequeños ha fluido sin grandes esfuerzos. Durante las visitas escolares disfruta sentándose en el suelo o en

¹⁵ SOLAR, F. 2008. Igual a mí, distinto a ti. Santiago de Chile, SM. pp. 40-42.

su defecto sobre una mesa. Intenta que los niños también puedan agruparse cómodamente en el piso y generar un entorno distendido. Terminar conversando sobre videojuegos, comidas y sus gustos, han sido efecto de su afinidad.

“A veces los profesores se enojan porque me desvíó y no hablamos del libro. No entienden el valor del ambiente. Yo voy a compartir con los niños, a hablar de lo que ellos quieren. Me interesa que para ellos sea grato”, explica.

La interacción, asimismo, incorpora nuevos horizontes a la carrera de Fran Solar. Un niño presente en una charla acerca de “Sobre ruedas” levanta la mano y pregunta “¿te gusta el terror?”. El sí rotundo que recibió como respuesta lo llevó a agregar “¿y por qué no haces terror para niños?”. La escritora declara que “no lo había pensado. Hay un nicho ahí. No sabría cómo hacerlo, pero tendría que probar”.

Su prioridad es que al completar un proceso escritural “cada libro sea mejor que el anterior”, sostiene. Siempre está atenta a escuchar lo que sus seguidores quieren leer y lo agradece. “Si a ellos no les gusta lo que escribo, fracasé”, concluye.

El punto suspensivo

Escribir es la puerta de acceso al infinito. Un viaje a otra ciudad, país, planeta o mundo, al pasado o al futuro, donde la restricción es únicamente la imaginación. Libertad que se extiende aún más cuando llega a manos de lectores que se unen a la aventura asignando entonaciones propias de los diálogos, entorno y hasta sensaciones vividas por los personajes.

Los escritores infantiles han trabajado por entregarle a los niños la posibilidad de potenciar su creatividad y conocer el valor de la fantasía como fuente de diversión, inspiración y desarrollo. No importa la diferencia de edad que tengan con ellos, pues sus aventuras quedan immortalizadas en las páginas de los libros y en la memoria.

La era digital y la invasión de las pantallas, lejos de acabar con la literatura infantil, es una vía de transformación. Y es que la narrativa para pequeños proviene desde la tradición oral, mucho antes de que existiera la imprenta, mucho antes de que la ilustración profesional complementara las historias. Los cuentos clásicos han trascendido generaciones sin la exclusiva necesidad del papel ni de la cercanía geográfica con el lugar de origen.

Si bien es cierto el libro físico es considerado por muchos como arte en sí mismo, lo que lo convierte en un objeto de valor es el contenido. Ninguno de los autores perfilados nació en tiempos de internet. En algunos casos ni siquiera de la televisión, mas su prestigio y trayectoria se basan en la esencia de su talento, sin importar la plataforma desde que lo desarrollan. Por el contrario, han captado las ventajas de la tecnología para escribir y difundir sus obras.

En el nuevo segmento infantil, con personas nacidas rodeadas de internet, redes sociales y pantallas táctiles, no debiera vislumbrarse un futuro apocalíptico para la literatura. Pues Güiraldes, Balcells, Gómez, Paredes y Solar, entre otras plumas nacionales, están dejando como legado lo mismo que en su minuto transmitieron Del Solar o Marcela Paz a los niños de otras épocas: la literatura como base de la cultura.

Un arte que puede materializarse sin ningún instrumento más que papel y lápiz o frente a un teclado digital, pero que necesita delicadeza y respeto en el uso del lenguaje y un trabajo constante por llevar a cabo las historias que regala la creatividad con un proceso escritural serio.

La diferencia entre crear una historia divertida y ser escritor es saber invitar a los niños a interesarse no solo en el relato sino a dejarse llevar por su propia imaginación. Mostrarles que el personaje que les gustaría conocer o la aventura que sueñan están al alcance de la mano. Y esos son los ingredientes que provocan recordación de un buen libro, sobre todo en los niños. Que se impliquen en lo que están leyendo.

Seguro es que los temas y las formas de narrar continuarán adaptándose al contexto sociocultural en que se desenvuelvan las próximas generaciones. Sin embargo, los escritores infantiles del futuro ya sabrán que en ello está la riqueza de las letras: en construir universos de fantasía independientemente de las condiciones externas.

El legado que dejan estos cinco destacados escritores infantiles chilenos, finalmente no termina en ellos mismos, sino que sigue conformándose cada vez que un niño lee sus obras. Lo que hoy se considera como el aporte de sus trabajos para los niños y la sociedad actual, no limita en absoluto su legado. Las causas de por qué los futuros niños los seguirán leyendo y disfrutando se mantienen en punto suspensivo.

Bibliografía

1. CÁMARA CHILENA DEL LIBRO. 2015. Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil (FILIJ). [en línea] <<http://www.plandeleectura.cl/wp-content/uploads/2012/05/plan-nacional-lectura-2015-2020.pdf>> [consulta: 05 de septiembre de 2015].
2. CRUZ, B. 2014. Entrevista a Ana María Güiraldes [en línea] Revista Había una vez <http://www.curriculumenlineamineduc.cl/605/articles-32429_recurso_pdf.pdf> [consulta: 23 enero 2015].
3. ERGOCOMICS. 100 años de "El Peneca" (2º Parte) [en línea] <<http://ergocomics.cl/wp/2008/08/100-aos-de-el-peneca-2-parte-2>> [consulta: 14 agosto 2015].
4. FUNDACIÓN CUATRO GATOS. 2015 [en línea] <<http://blog.cuatrogatos.org/blog/?p=2959>> [consulta: 15 marzo 2015].
5. GARCÍA, J. 2015. Sergio Gómez: "Es muy policial el momento que se vive en Chile" [en línea]. La Tercera. 11 de abril, 2015. <<http://www.latercera.com/noticia/cultura/2015/04/1453-625010-9->

sergio-gomez-es-muy-policial-el-momento-que-se-vive-en-chile.shtml>

[consulta: 20 de abril de 2015].

6. GÓMEZ, S. 1999. Quique Hache, detective. Santiago de Chile, Alfaguara Infantil.
7. GÓMEZ, S. 2006. Yo, simio. Santiago de Chile, SM.
8. HABÍA OTRA VEZ. 2015 [en línea]. Biografía, Los Libros para niños de Mauricio Paredes. <<http://www.habiaotravez.com/biografia.html>>
[consulta: 20 de febrero 2015].
9. IBBY Chile. 2015 [en línea] ¿Qué es IBBY Chile?
<<http://www.ibbychile.cl/joomla16/index.php/que-es-ibby-chile>>
[consulta 25 de febrero 2015].
10. LECTURA VIVA. Jacqueline Balcells [en línea]. Lectura Viva: Corporación de fomento de la lectura.
<http://www.lecturaviva.cl/lecturav_wp/?autor=jacqueline-balcells>
[consulta: 25 de abril 2015].

11. MEMORIA CHILENA (s.f.). 2015. Editorial Rapa-Nui [en línea]. BND Biblioteca Nacional Digital. <<http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-93217.html>> [consulta: 20 de agosto 2015].
12. MEMORIA CHILENA (s.f.). 2015. Jacqueline Balcells [en línea]. BND Biblioteca Nacional Digital. <<http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-95637.html>> [consulta: 25 de abril 2015].
13. MEMORIA CHILENA (s.f.). 2015. La infancia en el siglo XX [en línea]. BND Biblioteca Nacional Digital. <<http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-3521.html>> [consulta: 15 de agosto 2015].
14. MEMORIA CHILENA (s.f.). 2015. Una revista para los niños de Chile, El Peneca [en línea]. BND Biblioteca Nacional Digital. <<http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-3397.html>> [consulta: 13 agosto de 2015].
15. OLIVARES, L. 2014. Ana María Güiraldes, escritora: "Cómo esa cosa tan linda, que es la palabra, termina hecha polvo" [en línea]. La Segunda Online. 16 de octubre, 2014. <<http://www.lasegunda.com/Noticias/Impreso/2014/10/969585/como->

- [esa-cosa-tan-linda-que-es-la-palabra-termina-hecha-polvo](#)> [consulta: 23 de enero 2015].
16. PAPELUCHO. 2015. Marcela Paz, su obra literaria [en línea].
<<http://papelucho.cl/marcela-paz/su-obra-literaria>> [consulta: 20 de agosto 2015].
17. PAREDES, M. 2003. ¡Ay, cuánto me quiero!. Santiago de Chile, Alfaguara Infantil.
18. PAREDES, M. 2011. La familia Guácatela. Santiago de Chile, Alfaguara Infantil.
19. PAREDES, M. 2015. La Fundación Cuatrogatos celebra el 23 de abril, Día Mundial del Libro, con la colaboración de más de 60 autores, ilustradores, editores, críticos y promotores de lectura de Iberoamérica. [en línea] <<http://blog.cuatrogatos.org/blog/?p=2959>> [Consulta: 20 de junio 2015].
20. PAREDES, M. 2015. La Regla de 7-3: Actualización de Facebook 11 de junio. [en línea] <<https://www.facebook.com/habiaotravez>> [consulta: 20 de junio 2015].

21. PAREDES, M. 2005. Verónica, la niña biónica. Santiago de Chile, Alfaguara Infantil.
22. PEÑA, M, 1994. Alas para la infancia: fundamentos de literatura infantil. Santiago, Editorial Universitaria.
23. PEÑA, M. La Literatura Infantil Chilena [en línea]. Escritores.cl. <<http://www.esritores.cl/base.php?f1=articulos/texto/literaturainfantil.htm>> [consulta: 17 de agosto 2015].
24. PEÑA, M. La Literatura Infantil Chilena [en línea]. Lectura Viva: Corporación de fomento de la lectura. <http://www.lecturaviva.cl/lecturav_wp/?p=630> [consulta: 17 de agosto 2015].
25. PEÑA, M. 2009. La Literatura Infantil Chilena del Siglo XX [en línea]. IBBY Chile. <<http://www.ibbychile.cl/joomla16/index.php/articulos-de-interes/11-articulos-de-interes/110-la-literatura-infantil-chilena-del-siglo-xx>> [consulta: 20 de agosto 2015].

26. PLAN NACIONAL DE LA LECTURA 2015-2020. 2015 [en línea]
<<http://www.plandelectura.cl/wp-content/uploads/2012/05/plan-nacional-lectura-2015-2020.pdf>> [consulta: 28 de agosto de 2015].
27. PROFESOR EN LÍNEA. 2015. Jacqueline Balcells.
<<http://www.profesorenlinea.cl/biografias/balcellsjacqueline.htm>>
[consulta: 25 de abril 2015].
28. SOLAR, F. 2008. Igual a mí, distinto a ti. Santiago de Chile, SM.
29. SOLAR, F. Sobre mí. 2015 [en línea]
<<http://www.fransolar.com/member/sobre-mi/>> [consulta: 13 de febrero 2015].
30. SUBERCASEAUX, B. 1993. Historia del libro en Chile (Alma y cuerpo). Santiago de Chile, Andrés Bello.
31. XSMALL. 2011. Mauricio Paredes [en línea]. Xsmall, grandes ideas para niños. <<http://www.xsmall.cl/mauricio-paredes>> [consulta: 20 de enero 2015].